ADMINISTRACIÓN

LÍRICO-DRAMÁTICA

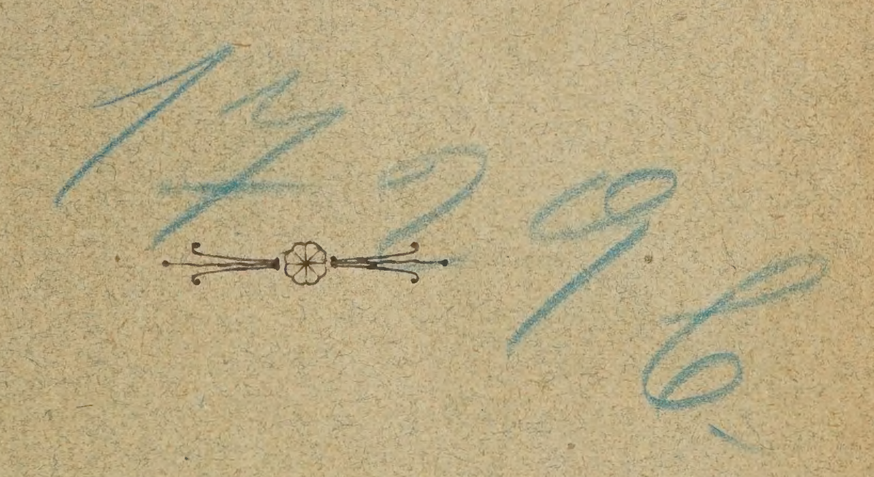
ERRORES DE LA POLICÍA

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y SIETE CUADROS

ESCRITO EN PROSA, POR

Fernando Serrat y Weyler



MADRID

HIJOS DE E. HIDALGO

Mayor, 16, entresuelo

1899

ERRORES DE LA POLICÍA

ERRORES DE LA POLICÍA

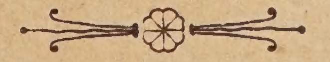
DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y SIETE CUADROS

ESCRITO EN PROSA, POR

FERNANDO SERRAT Y WEYLER

Estrenado con gran éxito en el TEATRO LÍRICO, de Barcelona, la noche del 15 de Julio de 1899.



MADRID
HIJOS DE E. HIDALGO
Mayor, 16, entresuelo

1899

Tipografía Moderna; Aribau, 60 —Barcelona.

A los distinguidísimos actores

D. José Sala Julién

y D. Joaquín Núñez

En testimonio de gratitud y afecto

F. Serrat y Weyler

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOFÍA................	D.ª Alejandrina Caro.
ÁNGELA.............	» Elisa Bardo.
EMILIA..............	» Concepción Sánchez.
LUISA...............	» Amalia Simó.
MARÍA..	» Carmen Roig.
MERCEDES..........	» Adela Leyda de Sala.
TERESA............	» Juana Bozzo.
DANIEL LAMBERT ...	D. Joaquín Núñez.
MAURICIO DURAND...	» Fernando Bozzo
RICARDO BRUN......	» Ricardo Marimón.
FERMONT...........	» José Sala Julién
LUCIANO BRUN... ..	» José Costa.
ANDRÉS............	» Carlos Calvacho
MARCIAL...........	» Gastón Alonso
GUYÓN...	» José Berenguer.
DOCTOR BERNARD...	» Angel Sala Leyda.
PEDRO.............	» N. Peral.
DORVAL............	» N. Marrugat.
UN AGENTE DE POLICÍA..	» N. N.
UN CRIADO..........	» N. N.

Invitados, Agentes de Policía, Periodistas, Gente del pueblo

La acción en París.—Época presente

Derecha é izquierda las del actor

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Salón lujosamente amueblado.—A la derecha, primer término, puerta que conduce á la habitación de doña Angela.—A la izquierda, primer término, puerta que comunica con el cuarto de Sofía: en segundo término, la puerta de entrada: entre ambas puertas, chimenea. En el fondo, balcón practicable, por el que se descubre el jardín. Velador, sillones, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

D.ª ANGELA y SOFIA.

ANG. (Al levantarse el telón, Sofía estará cosiendo al lado del velador. Angela sentada en un sillón.) Las siete, y el señor Fermont no ha venido todavía. ¿Está usted segura que ha recibido la carta que le escribí ayer?

SOF. Si, señora. Acaba de decirme María que se la entregó á él mismo.

ANG. En esa carta le digo que me precisa verle hoy sin falta, y por lo mismo me sorprende que tarde tanto.

SOF. No se impaciente usted. Todavía es temprano.

ANG. Mejor será que vaya yo á su casa y así me distraeré un poco. (Levantándose.)

SOF. ¿Quiere usted que yo la acompañe?

ANG. No, gracias. Podría suceder que viniese

estando yo fuera, y en ese caso usted le dirá que se aguarde hasta mi vuelta.

SOF. Como usted guste.

ANG. Pero tal vez usted desea volver á su casa y yo estoy abusando de su bondad.

SOF. Al contrario, señora. Si no estorbo, por mi parte me encuentro perfectamente aquí.

ANG. ¿Estorbar? Eso nunca. Usted ha entrado en mi casa en calidad de modista, y...

SOF. Crea usted que me considero dichosa en serla útil, y agradezco vivamente las muestras de aprecio con que usted me distingue.

ANG. Entonces me atrevo á suplicarla que viva conmigo para siempre.

SOF. No merezco tanto favor...

ANG. Precisamente esa habitación está desocupada. (Señalando la puerta izquierda.) Antes dormía en ella mi hijo, pero se fué, y...

SOF. Es muy extraño que Daniel la abandone á usted de este modo.

ANG. Como es joven, no quiere vivir lejos del centro de París; pero viene á verme muy á menudo.

MAR. (Dentro.) La señora le está aguardando. Puede usted pasar.

SOF. El señor Fermont.

ANG. ¡Ah! Por fin podré hablarle.

SOF. Con su permiso, me retiro.

ANG. Dígale usted á María que traiga el quinqué.

SOF. ¿Ahora mismo?

ANG. No, dentro de un rato.

SOF. Muy bien. (Marchándose por la izquierda.)

ESCENA II

ANGELA y FERMONT.

ANG. (Saliendo al encuentro de Fermont.) Ya empezaba á creer que no vendría usted.

FERM. Asuntos de sumo interés me han entretenido más de lo que yo deseaba.

ANG. Hágame el obsequio de tomar asiento.

FERM. ¡Mil gracias! Ante todo pido á usted me dispense por haber tardado tanto en venir á verla.

ANG. ¡No faltaba más!... Usted es quien debe dispensar lo mucho que le molesto.

FERM. ¡Calle usted, señora!...

ANG. Hace quince años, próximamente, administra usted mis intereses sin percibir honorario alguno. Es usted muy bueno para mí...

FERM. No hablemos ahora de eso... Pasemos á lo que interesa. Siguiendo sus órdenes, esta tarde he vendido los valores que me confió usted, y cuyo total asciende á quince mil francos.

ANG. ¡Mil gracias, señor Fermont!

FERM. Aquí los tiene usted. (Entregándole varios billetes.)

ANG. ¡Oh, no sé como pagar sus buenos servicios... su interés!...

FERM. Ya he dicho que no hablemos de eso... Unicamente deseo hacerla á usted una pregunta.

ANG. Diga usted.

FERM. ¿Piensa usted dar ese dinero á su hijo?

ANG. Sí, señor.

FERM. ¡Me lo figuraba!... No me cansaré de repetir que usted y nadie más que usted es la perdición de Daniel.

ANG. Lo comprendo, pero al fin soy su madre...

FERM. El excesivo cariño de usted abre las puertas del vicio á su hijo, y, aunque lo sienta, forzoso es decirlo. Daniel concluirá por despojarla de todo y dentro de poco tiempo el hambre y la desesperación se apoderarán de ustedes.

ANG. ¡Oh, señor Fermont! No olvido sus consejos, pero si los sigo temo caer en otro abismo, mayor aún que el que usted me señala.

FERM. ¿Por qué?

ANG. Tengo mis razones.

FERM. Que yo no comprendo y por consiguiente desearía me explicara usted...

ANG. Pues bien, voy á descubrirle mi temor. Afrontaré resignada la miseria, pero no la deshonra.

FERM. No comprendo...

ANG. Supongo no habrá usted olvidado las causas que me obligaron á separarme de mi marido. El, lo mismo que su hijo, estaba lleno de deudas; yo no lo ignoraba, pero quería saberlo por su propia boca. Por fin un día, llorando amargamente me lo confesó todo, añadiendo que si yo no le salvaba, su perdición era inevitable. Se trataba de mi firma, de sacrificar mi fortuna, el pan de mi hijo... de mi hijo á quien quiero con toda mi alma!...

FERM. (¡Pobre señora!)

ANG. Por eso me negué á complacerle. Amenazas, súplicas, todo fué inútil; yo permanecía inflexible. ¡Oh, que escena! Han pasado muchos años y la recuerdo como si fuese ahora.

FERM. No se fatigue usted.

ANG. Después, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, se alejó de mi lado murmurando estas palabras: «A todo me resigno, pero quizás algún día te arrepientas...» Más tarde huyó de Francia, y tres meses después supe que se había refugiado en Italia.

FERM. Afortunadamente pudimos aplacar la ira

de los acreedores, evitando de este modo que el nombre de su marido, el de su hijo, fuese infamado por la justicia.

ANG. Es muy cierto, pero ¿qué habrá sido de él?

FERM. Se asegura que poco después de su llegada á Italia, falleció en el hospital de Turín.

ANG. ¡Cuántas lágrimas me ha costado!... Perdone usted, señor Fermont, que evoque estos recuerdos que disculpan en parte la conducta que observo con mi hijo.

FERM. Pero no me explico...

ANG. Ya he referido del modo que mi marido me abandonó. Pues bien, la misma escena se reprodujo hace algunos días, cuando Daniel vino á pedirme estos quince mil francos. Empecé por negárselos, pero al verle triste y pensativo, cuando me dijo que su perdición era inevitable si yo le negaba mi apoyo, temblé de miedo, creyendo ver en él retratada la figura de su padre. Ya sabe usted que es su misma cara, la misma voz, idéntica mirada. Entonces, sin darm e cuenta de lo que hacía, le ofrecí esa cantidad.

FERM. Comprendo la lucha, pero es preciso que deseche usted ese supersticioso temor, porque, gracias al cielo, Daniel no incurrirá en las faltas de su padre.

ANG. ¡Oh, no! Daniel es bueno y honrado.

FERM. Por lo mismo debe usted desechar esos temores. Es necesario, en interés de su hijo, saber resistir á las peticiones incesantes de dinero: es preciso que comprenda la necesidad de trabajar. Al principio se mostrará rehacio, resistirá... pero, no me cabe duda, acabará por resignarse. Además, él la quiere á usted mucho

ANG. Muchísimo. A pesar de sus calaveradas nunca me ha faltado su cariño, y, lo mismo que usted, confío que al fin variará de conducta.

FERM. Dios lo quiera, pero ante todo debemos

desterrar de su alma una pasión que le pierde. (Sofía entra por la izquierda, trayendo el quinqué, apagado.)

ANG. ¿Una pasión? (Sofía, que habrá colocado el quinqué sobre la chimenea, en el momento que se disponía á encenderlo, se detiene á escuchar.)

FERM. Con efecto, señora, y si Daniel se empeña en vivir entre una sociedad de la que por su humilde posición debía alejarse, es únicamente porque se ha enamorado de la hija del banquero Brun, uno de mis clientes, archi-millonario.

ANG. ¿De veras?

FERM. Como usted lo oye.

ANG. Pero ese insensato ¿qué se propone?

FERM No lo sé. El banquero Brun tiene otros proyectos respecto á su hija, y este amor solo puede producir funestos resultados. Debemos procurar á todo trance que Daniel lo comprenda así, y renuncie por tanto á sus locos propósitos.

ANG. Tiene usted razón. ¡Infeliz!

FERM. Háblele al alma, y, créame usted, no le dé dinero, porque eso es alentarle para vivir entre una sociedad peligrosa para él. (Levantándose. Sofía enciende por fin el quinqué y lo deja sobre el velador. Después se sienta á coser.)

ANG. Procuraré observar fielmente sus consejos. (Levantándose.)

FERM. Perfectamente. Adiós, señora. Tengo mucho que hacer esta noche. Sobre todo no se ablande usted, y nada de dinero. (Marchándose. Angela le acompaña hasta la puerta.)

ANG. ¡Adiós, señor Fermont!

ESCENA III

ANGELA y SOFIA

SOF. (Ya lo sé todo. Una joven rica, elegante, mientras que yo... ¡Por qué habré nacido pobre!)

ANG. ¿Todavía trabajando? Se pondrá usted mala, Sofía.

SOF. No, señora. Quiero dejar terminada mi tarea.

ANG. (El señor Fermont está en lo justo. Desde hoy no seré tan complaciente con mi hijo) (Dirigiéndose á su habitación.)

ESCENA IV

SOFIA, en seguida, DANIEL y MARIA.

SOF. (Dejando la labor.) ¡Infame! ¡Y yo me hacía la ilusión de ser amada!... ¡Yo creí que nunca me olvidaría!

MAR. Puede usted pasar. La señora no se ha acostado todavía.

DAN. Me alegro mucho.

SOF. (¿El aquí?)

DAN. (A María.) Puede usted retirarse. (Vase María.)

SOF. (¿Qué vendrá á buscar á estas horas?)

ESCENA V

SOFIA y DANIEL.

DAN. ¿Y mi madre?

SOF. Acaba de entrar en su habitación.

DAN. Corro á verla.
SOF. No, antes quiero hablar contigo.
DAN. Tengo prisa.
SOF. Yo también.
DAN. ¿Qué quieres?
SOF. Necesito saber porqué no nos vemos.
DAN. Sencillamente; porque nunca te hallo en tu casa.
SOF. Ya sabes que estoy aquí, donde es más fácil verme.
DAN. Tu sitio no es este. Ya te lo he dicho varias veces. Esta casa es sagrada para mí, y ante todo debo respetar á mi madre.
SOF. ¡Oh, si me amases como antes, no te fijarías en estas cosas!...
DAN. Recuerda que el día que supe tratabas de venir aquí en calidad de modista te lo prohibí terminantemente, porque no quería que mi madre se enterara de nuestras relaciones.
SOF. Tu madre sigue ignorándolo todo.
DAN. Pero es fácil que lo descubra. Mientras vivas en esta casa, serás para mí una persona extraña.
SOF. ¿Y si volviese á mi modesta guardilla, sería para tí lo que he sido siempre, tu cariño, tu ilusión, tu vida?... ¿No contestas?... ¡Todo lo comprendo!... ¡Buscas un pretexto para reñir, para despreciarme!...
DAN. ¡Eh!
SOF. ¡Me rechazas, porque amas á otra!
DAN. ¡No es cierto!
SOF. Sí, la hija del banquero Brun.
DAN. ¿Cómo?... ¿Quién te ha dicho?...
SOF. ¡He ahí tu respuesta! Ni procuras negarlo, ni pretendes convencerme. Daniel, no merezco que me trates de este modo. ¡Vírgen mía! (Llorando.)
DAN. ¡Calla!... Mi madre puede oirnos.
SOF. ¡Mejor!...
DAN. ¡Sofía!... ¡Sofía!
SOF. Estoy resuelta á todo.
DAN. ¡Oh, no por Dios!... Tranquilízate. Yo te juro que sufres sin motivo.

SOF. ¿Cómo? ¿Qué has dicho? ¿Será verdad?...

DAN. No te engaño.

SOF. ¿Acaso se han equivocado? ¿Será tal vez que la persona que aquí mismo hablaba de tus amores con la hija del banquero Brun, ha mentido? ¿Será cierto que no tratas de casarte con esa señorita?

DAN. ¿Yo casarme con ella? ¡Eso nunca!

SOF. ¿Es cierto que no la amas?

DAN. Ni puedo amarla... ¡Déjame! (Tratando de alejarse.)

SOF. (Cogiéndole las manos.) ¡No, no te vayas! Tus últimas palabras me han hecho mucho bien. Quiero creer que no las dices para tranquilizarme... Entonces, si es cierto que no amas á esa, me amas á mí todavía.

DAN. Te amo como te he amado siempre.

SOF. Sí, porque es imposible que olvides tan fácilmente tus protestas de amor, tus juramentos. (Abandonándole sus manos.) ¡Daniel, mírame!... ¡No vuelvas el rostro! Necesito verte, quiero contemplarte.... ¡No me abandones!... ¿Qué sería de mí sin tu apoyo?... Mi familia me rechaza por tu culpa... Estoy sola en el mundo... Yo no te molesto, no te hago sufrir... Yo no te arruinaré, porque no quiero dinero. Gano cuatro ó cinco francos al día y eso me basta. Yo no gasto lujos... Caprichos... no los tengo... sólo deseo verte á todas horas.

DAN. ¡Pobre Sofía! (Cogiéndole una mano.)

SOF. ¡Por fin te rindes! Entonces permíteme que viva aquí; soy tan dichosa sirviendo á tu madre!...

DAN. ¡Pero!...

SOF. No admito réplica... ¿Accedes?

DAN. Haz lo que quieras.

SOF. ¡Gracias, Daniel!

DAN. Pero con tus celos me has entretenido, y me precisa ver cuanto antes á mi madre.

SOF. Quizá se habrá ya acostado. ¡No la molestes!

DAN. Quisiera verla; me urge mucho.

SOF. (No sabe que le negará lo que viene á pedirle.)

DAN. Me parece que oigo ruido... Si, ella es... Déjanos solos.

SOF. Obedezco, pero antes prométeme que mañana nos veremos.

DAN. ¿En dónde?

SOF. En mi casa. Iré á pasar allí dos ó tres horas.

DAN. Bueno, lo prometo... (Distraido.) ¡Vete!

SOF. ¡No me engañes!

DAN. Lo juro. ¡Vete! (Secamente.) (Sofía se dirige á su cuarto, volviéndose dos ó tres veces para saludar á Daniel.)

ESCENA VI

ANGELA y DANIEL.

ANG. ¡Daniel!

DAN. ¡Madre mía!

ANG. No te aguardaba á estas horas.

DAN. Lo supongo. Debía venir mañana, pero he pensado...

ANG. Que ya tendría en mi poder la suma que me has pedido ¿no es esto? ¡Sólo vienes por el dinero!

DAN. Ríñeme, lo merezco, pero óyeme.

ANG. ¡Lo de siempre!...

DAN. Una parte de ese dinero lo destino, como te dije, á pagar deudas de juego.

ANG. ¡Daniel! (Reconviniéndole.)

DAN. No te alarmes. He prometido no volver á jugar en mi vida.

ANG. ¡Lo has prometido tantas veces!...

DAN. Y lo cumpliré, pero antes necesito evitar la presencia de ese terrible acreedor que me sale al encuentro todos los días. Hoy ha venido á mi casa y exije que mañana,

sin falta, le pague la cantidad que le adeudo.

ANG. ¡Maldito juego!

DAN. Inútilmente he recorrido todo París en busca de esa suma, y ya desesperado, decidí venir á pedírsela á mi madre, seguro de que ésta, que tanto me ama, no me abandonará, como todos me abandonan.

ANG. Pues, hijo mío, siento en el alma no poder complacerte. (Violentándose.)

DAN. ¡Cómo! ¿No has vendido esos valores?

ANG. Con efecto: los he vendido.

DAN. ¿Acaso no te han entregado todavía el importe?

ANG. Lo tengo desde hace un rato en mi poder.

DAN. Entonces, ¿por qué me lo niegas? Me prometiste...

ANG. Yo no prometí. Solo dije que procuraría proporcionártelo.

DAN. Acuérdate bien. Ofreciste dármelo.

ANG. Bueno, aunque así fuese. Si entonces lo prometí, después he reflexionado... y, en fin, que me es imposible.

DAN. ¡Imposible!... ¡Siempre la misma palabra! (Sentándose de mal humor en el sillón donde estuvo sentada Angela.)

ANG. ¿Y por qué no puedo pronunciarla? ¿Por qué razón he de ser más complaciente que los demás? Hasta ahora he sido débil, muy débil, pero desde hoy prometo no serlo. Bastante tiempo he tolerado tu vergonzoso desorden, y aquí, en medio de la cruel soledad que me rodea, he vertido lágrimas de sangre por tu culpa. (Pausa.)

DAN. ¿Has visto al señor Fermont? (Levantándose.)

ANG. Sí.

DAN. Entonces es inútil que sigamos hablando. Ese señor, como si lo viera, te habrá dicho tantas cosas, habrá puesto tu cabeza en tal disposición, que no me sorprende

hallarte en la actitud que te hallo... ¡Estás harto severa para conmigo!

ANG. ¿Acaso no tiene razón al aconsejarme?

DAN. No, porque con semejantes consejos solo labra mi perdición, y tal vez me lleven al...

ANG. ¡Daniel! ¡Esto más! ¡No te conozco, hijo mío!

DAN. Dejemos las reflexiones á un lado... ¿De modo que me niegas lo que tan justamente solicito de tu cariño?... Bueno. Supongamos que no te he visto, y asunto concluído. (Dirigiéndose hacia la puerta.)

ANG. ¡Te vás!

DAN. Sí, no puedo perder tiempo. Solo me resta pedirte perdón por el mal rato que te he proporcionado.

ANG. (¡Qué hacer, Dios mío! ¡Inspírame!)

DAN. ¡Adiós!

ANG. ¡Imprudente! ¿A dónde te dirijes? ¿A dónde irás cuando salgas de aquí? ¡Tú proyectas algo! ¿Qué vas á hacer? ¡Dímelo!

DAN. ¿Lo sé yo acaso? Solo puedo decirte que estoy loco, desesperado, y que todo se ha perdido para mí, si el cielo no me proteje. ¡Adiós!

ANG. (No, no quiero perder á mi hijo como perdí á mi marido!) ¡Daniel! ¡Daniel! ¡No te vayas!... ¡No me dejes sola!... ¡Acércate!...

DAN. (¡Soy un insensato!) (Pausa.)

ANG. (Cambiando de tono.) Ven, siéntate aquí, á mi lado. (Se sientan. Pequeña pausa.) ¿Dices que te hace mucha falta ese dinero?

DAN. Sí.

ANG. Claro, primero para pagar deudas y luego para seguir frecuentando la casa del banquero Brun, de cuya hija estás enamorado.

DAN. ¿También tú lo sabes?

ANG. ¡Infeliz! Cuando esa señorita conozca la verdad de tu posición; cuando descubra que eres pobre, se reirá de tus locos propósitos.

DAN. ¡Oh, madre mía! Ya que lo sabes, ya que la has nombrado, quiero hablarte de ella... ¡Si la conocieras!... Es tan modesta como hermosa, inocente y pura como un ángel.

ANG. Pero el padre ambicionará, como es lógico, un brillante porvenir para su hija, porvenir que, desgraciadamente, tú no puedes ofrecerle.

DAN. No lo creas. Toda su familia me distingue y me aprecia más de lo que yo merezco.

ANG Ahora no digo que no, pero luego, cuando trates de formalizar tus relaciones, te despedirán de la casa como se despide al atrevido pretendiente, más enamorado del dote que de la belleza.

DAN. No, eso nunca; mi cariño es tan puro como desinteresado. ¡Dios mío, por qué no será de condición humilde y pobre!... Entonces trabajaría para ella, me desvelaría por hacerla feliz.

ANG. Voy viendo, hijo mío, que el asunto es más serio de lo que yo creía. Comprendo que mis esfuerzos para desterrar esa pasión serían estériles, de modo que lejos de reñirte debo compadecerte.

DAN. ¡Madre mía!

ANG. No hay más remedio: ¡que se cumpla el destino! (Levantandose.)

DAN. ¿Te incomodas? (Levantándose también.)

ANG. No, al contrario. Quiero darte la razón. Te hace falta dinero, ¿no es cierto? Pues toma esta llave... Allí, en mi habitación... en la cómoda, encontrarás una cartera...

DAN. ¡Pero!...

ANG. Una cartera que contiene quince mil francos, única cantidad que me resta y que sacrifico gustosa á trueque de no sufrir por más tiempo lo que estoy sufriendo. Desde mañana te entregaré todas las llaves y serás dueño absoluto de cuánto hay en la casa.

DAN. ¿Qué dices?

ANG. Ni siquiera te pediré para vivir. Yo trabajaré y me ganaré el sustento.

DAN. ¿Cómo?... ¡Eso nunca! (Dejando, precipitadamente, la llave sobre el velador.)

ANG. ¿No aceptas?

DAN. ¡No!

ANG. ¡Pero!...

DAN. Ni una palabra más. El sacrificio que me propones no puedo aceptarlo sin avergonzarme de mí mismo.

ANG. No es sacrificio, al contrario, es mi voluntad.

DAN. ¡Imposible!

ANG. Entonces, ¿qué quieres de mí? ¿Qué pretendes? ¿Qué más puedo hacer que entregarte lo que pides? (Con mucho cariño.)

DAN. Tienes razón; pero tus palabras... esa conformidad...

ANG. ¿Vacilas? Entonces no te comprendo.

DAN. (Duda un momento y por fin exclama:) Volveré mañana.

ANG. ¡Cómo! ¿me abandonas?... No tienes piedad de mí... ¡Eres un ingrato! (Rompiendo á llorar amargamente y dejándose caer sobre el sillón.) ¡Dios mío!

DAN. (¡Oh, esas lágrimas me matan!... ¡Las siento caer como pesado plomo sobre mi corazón!... ¡No puedo más!) (Loco, fuera de sí, va á arrodillarse á los pies de Angela.) ¡Madre, madre mía, mírame! Yo tengo la culpa de tu llanto. ¡Perdón, dime que me perdonas, que me quieres, á pesar de mis faltas!...

ANG. ¿Cómo no, si soy tu madre?

DAN. ¡Un beso, bésame!... ¡Que sienta en mi frente el dulce calor de tus labios!...

ANG. ¡Sí, hijo mío! (Besándole con efusión.)

DAN. ¡Oh, qué feliz me siento! ¡Qué grato es llorar así, á tus pies! Gracias, Dios mío, por haber hecho brillar la verdad ante mi vista! Sí, es preciso que cese esta situación; por el camino que emprendí en mal hora, sólo se va á la ruína, á la de-

sesperación, quizá á la deshonra. Nada quiero que no sea fruto de mi honrado trabajo, no quiero arruinarte... no quiero obligarte á trabajar, al contrario, yo trabajaré para los dos... Desde mañana hablaré á mis acreedores, y cuando sepan que voy á cambiar de vida, me concederán un plazo; yo les pagaré con lo que gane, pero nada tuyo, nada de lo que te pertenece, únicamente quiero tus besos... (Abrazándola.) Nada de dinero, ¡no... no! ¡Adiós!... ¡No sé lo que me pasa! Río y lloro á la par... ¡Adiós! (Vase, precipitadamente, y al llegar á la puerta manda un beso á su madre, que se habrá levantado.)

ESCENA VII

ANGELA, en seguida SOFÍA

ANG. ¡Ah, por fin he recobrado á mi hijo! ¡Sofía! ¡Sofía! (Llamando.)

SOF. ¡Señora!

ANG. (¡No puedo más!) Estoy en extremo fatigada y me retiro á mi habitación.

SOF. Muy bien.

ANG. Cierre usted todas las puertas y retírese á descansar. ¡Buenas noches! (Vase.)

SOF. Hasta mañana. (Dirigiéndose á cerrar el balcón) ¿Habrá entregado el dinero á su hijo? Es tan buena que todo podría ser. (Asómase al balcón y se retira en seguida, diciendo:) ¿Eh? juraría que he visto cruzar ahora mismo una sombra por el jardín. Pero á estas horas... ¡Imposible! La obscuridad proyecta fantasmas de cualquier cosa. (Cierra el balcón.) Afortunadamente no creo en duendes ni brujas... (Cogiendo el quinqué.) Voy á soñar en mi nueva dicha. Me levantaré tempranito para dirigirme á mi

casa. ¡Quiera Dios que Daniel cumpla su promesa!... (Vase por la izquierda, primer término. La escena queda completamente obscura. En seguida se oye dentro la voz de doña Angela, exclamando:)

ANG. ¡Socorro!... ¡Socorro!...

ESCENA VIII

SOFIA

SOF. (Sofía sale precipitadamente de su habitación, con una palmatoria en la mano.) ¿Qué ocurre? ¡Virgen mía!...

ANG. (Dentro.) ¡Sofía!... ¡Sofía!.. ¡Socorro!...

SOF. ¡Es ella!... ¡La voz de doña Angela!

ANG. ¡Socorro! (Cada vez con voz más débil. Sofía lucha un momento, luego avanza hacia el cuarto de doña Angela, pero tiene miedo, retrocede, y se apoya en el respaldo del sillón, dejando la palmatoria sobre el velador.)

SOF. Tengo miedo, pero yo no debo permanecer en este sitio... Es preciso socorrerla... ¡Dame valor, Dios mío! (Hace un supremo esfuerzo, y por fin abre la puerta de la habitación de doña Angela, penetrando en ella. En seguida se oye dentro un terrible grito y aparece de nuevo Sofía, cubierta de sangre, dejándose caer al suelo y exclamando:) ¡Infame!... ¡Miserable!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Un agente de policía colocado en la puerta de entrada, conteniendo á la turba de vecinos que han acudido á la casa.—El balcón del fondo, abierto completamente.—Es de día.

ESCENA PRIMERA

DURAND y GUYON

DUR. (Durand, sentado frente al velador y dirigiéndose á Guyon, que sale del cuarto de la derecha.) ¿Ha descubierto usted algo?

GUY. No se encuentran señales de fractura. Tampoco los cristales han sido rotos, lo que prueba que el asesino entró por el jardín y penetró en el cuarto sin esfuerzo alguno. Un empujón bastaría para abrir la ventana, porque he podido comprobar que cierra muy mal.

DUR. ¿Cómo conocía el asesino ese detalle?

GUY. Oh, no cabe duda: el crimen ha sido cometido por persona que conocía perfectamente la disposición de la casa.

DUR. No aventuremos suposiciones, porque hasta ahora solo existen vagas probabilidades.

GUY. Hay que tener en cuenta que no hemos notado desorden alguno en la habitación

de la víctima; al contrario, todo estaba perfectamente en su sitio.

DUR. Es muy cierto. (Oyese ruido dentro. Dirigiéndose al agente:) ¡Qué se calle esa gente, porque aquí no nos entendemos!

GUY. En el exterior hemos hecho idénticas observaciones. El asesino, después de escalar el muro del jardín, desvióse un poco y atravesando por un pequeño huerto, pudo llegar con suma facilidad hasta el pie de la ventana.

DUR. ¿Se han tomado las debidas precauciones para que nadie pueda penetrar en el jardín?

GUY. Sí, señor. Todas las salidas están vigiladas; y para mayor comprobación, he mandado levantar cuidadosamente la tierra de los sitios donde mejor puedan apreciarse las pisadas del criminal.

DUR. Muy bien. (Oyense rumores dentro.) ¿Pero esa gente, no puede callarse? Mande usted que despejen ese pasillo.

GUY. Hace un rato di la orden y se mandó salir á los curiosos.

DUR. ¿Entonces, ese ruido?...

GUY. Lo producen un sinnúmero de periodistas que saben está usted aquí y vienen para conocer detalles del crimen.

DUR. La prensa es un gran auxiliar de la justicia, y debemos enterarles de lo que sucede. Salga usted y calme la natural ansiedad de esos señores. (Vase Guyón por la puerta de entrada y enseguida aparece el doctor, que sale de la habitación de doña Angela.) ¡Ah, el doctor!

ESCENA II

DURAND, DOCTOR, despué , GUYON.

DUR. ¡Señor doctor! ¿Qué ocurre?

DOC. Que es imposible hacer prueba alguna

delante de ese joven. Por más que lo intento, no puedo desasirle de los brazos de su desdichada madre, y en medio de su loca desesperación jura que nadie más que él ha de tocarla.

DUR. Dejemos pasar el primer acceso y luego le veré. (Ofreciendo una silla al doctor.)

DOC. Lo creo difícil: pero, en fin, más tarde probaremos.

DUR. No importa. Por fortuna me ha facilitado usted los primeros datos para la instrucción del sumario. Ha dicho usted que las heridas de doña Angela y las de Sofía son iguales, ¿no es esto?

DOC. Exactamente. La dimensión de una es igual por completo á la otra.

DUR. En ese supuesto es de creer que la misma arma habrá servido para herir á las dos.

DOC. No cabe duda.

DUR. ¿Y sigue usted creyendo que las heridas no han sido causadas con un cuchillo cualquiera?

DOC. No, opino que el asesino ha empleado el puñal.

DUR. De modo que, por lo visto, no se trata de criminales vulgares, porque esos generalmente no se valen de esa clase de armas.

DOC. Esa es también mi opinión.

DUR. Y Sofía ¿cómo sigue?

DOC. La herida no la considero, por ahora, grave, y quizás dentro de un rato podrá usted interrogarla. (Levantándose, lo mismo que Durand. Guyon entra de nuevo en escena.)

DUR. Lo celebro, porque considero de gran importancia la declaración de esa joven.

DOC. Entonces voy á verla ahora mismo. (Vase por la izquierda, primer término.)

DUR. Entretanto yo interrogaré á la otra. Guyón, llame usted á la doncella. (Guyon se va por la izquierda, primer término, volviendo á salir en seguida, con María.) Si esa muchacha no aporta nuevos datos al sumario, temo

que el autor del crimen sea por largo tiempo un misterio para la justicia.

GUY. Aquí está.

DUR. Que pase. (María se queda á la puerta.)

GUY. Mientras usted interroga á esa joven, yo, con su permiso, voy á terminar mis investigaciones.

DUR. Ante todo es preciso que... (Hablándole al oído.)

GUY. Perfectamente. (Vase por la puerta de entrada.)

ESCENA III

DURAND y MARIA

DUR. Acérquese usted... (María avanza y se coloca al lado del velador.) Pasó ya la primera impresión, ¿no es cierto?

MAR. Sí, señor; pero todavía me dura el sobresalto.

DUR. Bueno, es preciso que me diga usted la verdad en todo lo que voy á preguntarla. Usted, mejor que nadie, puede iluminar á la justicia, y quizás con sus declaraciones lograremos encontrar al verdadero autor del crimen cometido en esta casa.

MAR. Por mi parte estoy dispuesta á referir todo cuanto sepa.

DUR. ¿A qué hora se levantó usted esta mañana?

MAR. A las siete, como todos los días.

DUR. ¿Al levantarse, no notó usted nada de particular, algo que le llamara la atención?

MAR. No, señor.

DUR. ¿La puerta de entrada estaba abierta ó cerrada?

MAR. Cerrada completamente.

DUR. Entonces, ¿quién la ha abierto?

MAR. Yo misma, según costumbre. Después he entrado en la cocina para preparar el des-

ayuno de la señora y como ya empezaba á ser tarde me sorprendió mucho no oir á la señorita Sofía, que anoche se quedó á dormir en casa: yo, entonces, temiendo que ocurriera alguna novedad, me dirigí á su cuarto.

DUR. No nos precipitemos. Esta mañana, cuando entró usted por primera vez aquí, ¿cómo estaba ese balcón?

MAR. Cerrado.

DUR. En seguida abrió usted, y...

MAR. (Enjugándose las lágrimas.) He visto á la señorita Sofía tendida en el suelo.

DUR. ¿En dónde?

MAR. Ahí, cerca de esa puerta. (Por la de la derecha.) Estaba pálida y llena de sangre. Yo al verla en aquella situación tuve miedo, y salí gritando: ¡Socorro!... ¡favor!

DUR. Muy bien; el resto ya lo conozco... Acudieron los vecinos y levantaron del suelo á Sofía, que aún respiraba. Después se dirigieron al cuarto de doña Angela y la encontraron muerta.

MAR. ¡Sí, señor! (Llorando.)

DUR. ¿A qué hora se retiró usted anoche á su cuarto?

MAR. A las nueve y media.

DUR. Cuando usted se fué á dormir ¿quedaron en esta sala doña Angela y Sofía?

MAR. No, señor; la señorita Sofía se había retirado á su habitación, y doña Angela estaba aquí con su hijo.

DUR. ¿Con su hijo?

MAR. Sí, señor.

DUR. ¿Y á qué hora se retiró de aquí el señorito Daniel?

MAR. Exactamente no lo sé; pero el dueño del almacén de ahí enfrente asegura que le vió salir á las diez, y, según dice, el señorito iba muy agitado.

DUR. ¡Agitado! ¿Y por qué?

MAR. Supongo sería porque acababa de tener una cuestión con su madre.

DUR. ¿Riñeron?

MAR. Sí, señor. El señorito Daniel pedía, como siempre, dinero, y su madre se lo negaba. Después habló de deudas de juego... de sus relaciones con una señorita, cuyo nombre no entendí bien, porque ya comprenderá usted que una no va á estarse siempre detrás de la puerta escuchando lo que aquí se habla.

DUR. Por la relación de usted, se desprende que la conducta de ese joven deja mucho que desear.

MAR. ¡Oh, sí señor! Desde hace un año está muy cambiado. Se separó del lado de su madre para ir á vivir á una casa de huéspedes en el centro de París, y casi nunca venía á verla.

DUR. ¿Pero usted le vió aquí hace algunos días?

MAR. Sí, señor, y por cierto que cuando entré, por casualidad, en esta sala, le sorprendí diciendo á su madre que necesitaba á todo trance quince mil francos, y después de una acalorada discusión su madre terminó por decirle que hoy se los entregaría.

DUR. Entonces es de suponer que ayer vendría á verla con ese único objeto.

MAR. Yo así lo creo, y debía correrle mucha prisa ese dinero, porque su madre no le aguardaba hasta hoy.

DUR. ¿Y cómo sabe usted eso?

MAR. Porque la señora me dijo que preparase almuerzo paralos dos..¡Pobrecita! (Llorando.

DUR. ¿Puede usted precisar si por fin doña Angela entregó á su hijo el dinero que le pedía?

MAR. No, porque casualmente oí que se lo negaba repetidas veces.

DUR. Quizás no lo tendría en su poder.

MAR. Al contrario; casi podría asegurar que el señor Fermont se lo trajo anoche.

DUR. Fermont, el abogado?

MAR. Sí, señor, el mismo.

DUR. ¿Y no se enteró usted de la conversación entre doña Angela y el señor Fermont?

MAR. No, señor; mejor dicho, oí algo.
DUR. Pues dígalo usted.
MAR. El señor Fermont decía: «Háblele al alma, y créame usted, no le dé dinero, porque eso es alentarle para vivir entre una sociedad peligrosa para él». Después, al despedírse, dijo: «Sobre todo no se ablande usted, y nada de dinero».

ESCENA IV

DICHOS, GUYÓN, por la puerta de entrada.

GUY. ¡Señor Durand!
DUR. ¿Qué ocurre? (María se retira á un lado.)
GUY. Acabo de hacer las pruebas que me ha dicho usted.
DUR. ¿Han dado resultado favorable?
GUY. Hasta ahora nada puede concretarse. He estudiado detenidamente las huellas de las pisadas, y de su exámen resulta que el pie es muy pequeño y estrecho; la bota fina y elegante; todo lo cual hace suponer que el asesino es persona distinguida.
DUR. ¡Oh, no nos precipitemos!... Ese pie puede muy bien no ser el del asesino. Recuerde usted que antes hemos encontrado otras pisadas sumamente ligeras, como la huella de una persona que hubiese andado de puntillas.
GUY. Es verdad.
DUR. Las primeras, no lo dude usted, pertenecen al asesino.
GUY. ¿Entonces, las que acabo de estudiar?...
DUR. Serán de otra persona cualquiera, por ejemplo, de Daniel Lambert, que pudo muy bien haber paseado por el jardín.
GUY. ¡Pero!...
DUR. ¿No opina usted lo mismo?
GUY. No, señor.
DUR. Pues pronto podemos salir de dudas, por-

que la prueba es sumamente fácil. Escuche usted. (Hablando en voz baja á Guyón.)

GUY. Perfectamente. (Dirigiéndose á la habitación de Angela.)

ESCENA V

DICHOS, menos GUYÓN

DUR. Dígame usted, María...

MAR. ¡Señor!... (Adelantándose.)

DUR. ¿En qué habitación recibió anoche doña Angela á su hijo?

MAR. Ya he dicho á usted que en esta sala.

DUR. Muy bien. Ahora necesito saber si el señorito Daniel pasó por el jardín antes de llegar aquí.

MAR. No, señor.

DUR. ¿Está usted cierta que no pasó por el jardín?

MAR. Sí, señor; puedo asegurarlo.

DUR. Cuando llegó el señorito, ¿fué inmediatamente recibido por su desgraciada madre?

MAR. No, primero habló largo rato con la señorita Sofía, y, por si á usted le interesa, añadiré que los dos hablaron acaloradamente, hasta que por fin hicieron las paces.

DUR. ¿De modo que entre Daniel y Sofía existe, al parecer, cierto trato íntimo?

MAR. Sí, señor, demasiado íntimo. Dios me perdone, pero lo que oí anoche por primera vez.....

DUR. (¡Una amante en casa de su madre!..... Ese joven va resultando interesante). Al marcharse el señorito, ¿no pudo pasar por el jardín? ¿No existe allí una puerta que comunica directamente con la calle?

MAR. Sí, señor; pero está condenada desde hace mucho tiempo. Además, ya he dicho que el dueño del almacén de ahí enfrente le

vió salir antes de las diez por la puerta de la calle.

DUR. Tiene usted razón. Dígame usted, el señor Fermont, que, según he oído, vino anoche, ¿no pasaría por el jardín?

MAR. Tampoco. Yo le introduje hasta aquí, y, al marcharse, yo misma abrí la puerta.

DUR. Entonces esas pisadas serán más antiguas.

MAR. Imposible, porque ayer por la mañana igualé el piso del jardín. Como es tan pequeñito no se necesita jardinero para cuidarlo. Esa operación corría de mi cuenta, porque yo siempre he querido mucho á doña Angela y me desvivía por servirla. ¡Era tan buena! Sobre todo procuraba que su *parque,* como ella llamaba á su pequeño huerto, estuviera siempre limpio como una patena. (Enjugándose las lágrimas.)

DUR. ¿Es decir que nadie más que usted entró ayer en el jardín?

MAR. Nadie, señor, más que el asesino durante la noche, y esas pisadas que se han encontrado, crea usted que son suyas y de nadie más.

DUR. Puede usted retirarse, pero no salga usted para nada á la calle. (Dirigiendose á Guyón, que sale del cuarto de Angela. María se va por la izquierda)

ESCENA VI

DURAND y GUYÓN

DUR. ¿Ha hecho usted la prueba?

GUY. Sí, señor, y no me cabe duda que las pisadas que tanto han llamado nuestra atención, coinciden exactamente con el pie de Daniel Lambert.

DUR. ¿De veras? Entonces María me ha engañado... ¿Qué es eso?

GUY. Un gemelo que uno de los agentes acaba de encontrar al pie de la tapia del jardín.

DUR. ¡A ver, á ver! (Guyón entrega el gemelo á Durand y éste lo examina.) Un gemelo de no escaso valor, con una inicial rodeada de brillantes. Está un poco abollado y roto.

GUY. Eso demuestra que su dueño lo perdió haciendo esfuerzos para escalar la tapia.

DUR. ¡Esta inicial!... Una *L*.

GUY. Quizás por esa inicial podamos...

DUR. (Después de meditar un rato.) ¡Me van sorprendiendo tantas coincidencias!... ¡Ya no espero más! Necesito ver ahora mismo á ese joven. Una *L* y él se llama Lambert... Dígale usted que venga inmediatamente. (Guyón entra en el cuarto de Angela.)

ESCENA VII

DURAND, en seguida, el DOCTOR

DUR. (Paseándose agitado.) Confío que el asesino, sea quien sea, no tardará mucho en llegar á mis manos.

DOC. (Saliendo del cuarto de Sofía.) Señor Durand, vengo á decir á usted que cuando guste puede, sin temor alguno, interrogar á esa pobre joven.

DUR. Corro á verla. (Dirigiéndose hacia el cuarto de Sofía; pero en seguida se detiene.) No, lo dejaré para más tarde.

DOC. Como usted quiera.

DUR. (Reflexionando siempre.) Dígame usted, señor doctor, ¿no podríamos traerla aquí?

DOC. Está tan débil y sufre tanto, que no me atrevo.

DUR. Quisiera hacer una prueba importante, importantísima.

DOC. ¿Ahora mismo?

DUR. No, dentro de un rato. La presencia de

esa joven puede producir magníficos resultados.

DOC. En ese caso haremos un esfuerzo, y antes de media hora quedará usted complacido.

DUR. ¡Mil gracias!

DOC. Voy á preparar lo necesario. (Entrando de nuevo en el cuarto de Sofía.)

ESCENA VIII

DURAND, DANIEL y GUYÓN

DUR. (Saliendo al encuentro de Daniel.) Caballero, comprendo que será enojoso para usted sufrir en estos momentos un interrogatorio; pero como me he propuesto encontrar á todo trance al asesino de su pobre madre, nadie mejor que usted puede ayudarnos en esta delicada tarea.

DAN. ¡Sí, sí! Toda tortura, todo suplicio es poco. ¡Quisiera tenerle aquí, bajo mis plantas..... extrangularle!... (Cambiando de tono.) Pero ¿qué lograría con vengarme? Si al menos con eso pudiera volver la vida á mi madre, á mi pobre madre que tanto me amaba, y á quien yo, insensato, llené de amargura y de tristeza!... Es imposible reproducir con la palabra el inmenso cariño de esa santa... Yo no he conocido á mi padre. Ella lo era todo para mí. En su hijo, sólo en su hijo, cifraba su amor, su esperanza... y yo he sido un ingrato, un...

DUR. Cálmese usted. En estos momentos huelgan toda clase de consideraciones, porque el mal está hecho, y, desgraciadamente, no puede evitarse; de modo que suplico á usted se sirva contestar á las preguntas que voy á dirigirle.

DAN. Estoy á sus órdenes.

DUR. Según he sabido, hace unos días pidió usted á su madre cierta cantidad, ¿no es eso?

DAN. Sí, señor: quince mil francos.

DUR. Y usted vino ayer á buscar ese dinero.

DAN. Sí.

DUR. Y su madre se lo entregó.

DAN. No es cierto... Puedo jurarlo.

DUR. ¿Acaso no lo tenía en su poder?

DAN. Sí, señor: me consta que lo tenía en la cómoda de su habitación.

DUR. Entonces, ¿por qué se lo negó á usted?

DAN. No hubo negativa. Ella quiso dármelo, pero al ir á aceptar me avergoncé de mí mismo, porque supe á tiempo que la cantidad que me ofrecía era el único resto de su pasada fortuna.

DUR. Yo creí que...

DAN. No, no, señor Durand; no crea usted nada. Podré haber sido mal hijo, pero nunca al extremo de despojar á mi madre del poco dinero que la quedaba.

DUR. ¿Tiene usted deudas?

DAN. Sí, señor.

DUR. Con esos quince mil francos, ¿podía usted saldarlas?

DAN. Debo más del triple de esa suma. Pero, ¿por qué me hace usted esas preguntas, que afectan exclusivamente á mi persona? ¿Acaso pretende usted someter á un interrogatorio mi vida privada?

DUR. No trato de interrogarle; quiero únicamente procurarme detalles, pruebas, para el mejor éxito de nuestras investigaciones.

DAN. Entonces puede usted preguntarme.

DUR. (Sentado frente al velador.) ¿A qué hora se separó usted anoche de su madre?

DAN. Poco antes de las diez.

DUR. Precisamente en el momento en que debió cometerse el crimen, según opinión del doctor. Al salir de aquí, ¿se dirigió usted directamente á su casa?

DAN. No, como estaba agitado y calenturiento no hubiera podido dormir. Cuando me

encontré en la calle di gracias al cielo por no haber aceptado los quince mil francos que mi madre me ofrecía; pero á la par me atormentaba la idea de cómo pagaría mis deudas, sobre todo una contraída en el juego. Pensando así y torturando más y más mi imaginación, inventando mil descabellados proyectos para el porvenir, paseé tres ó cuatro horas sin darme cuenta exacta de los sitios recorridos.

DUR. Desde aquí se dirigió usted á París, ¿no es verdad?

DAN. Justamente.

DUR. ¿A pie ó en coche?

DAN. A pie.

DUR. ¿Y no encontró usted á nadie durante su largo paseo?

DAN. No recuerdo.

DUR. ¿No habría alguna persona conocida que pudiese afirmar que le vió paseando?

DAN. No, señor.

DUR. Entonces, ¿á qué hora se retiró usted á su casa?

DAN. Ya he dicho que salí de aquí á las diez, y que mi paseo duraría tres ó cuatro horas; por consiguiente debí llegar á mi casa cerca de las dos de la madrugada. En seguida me acosté, y á las ocho fueron á despertarme para poner en mi conocimiento la terrible noticia. ¡Ah, señor Durand, por lo que más ame en el mundo le suplico evite usted recordarme mi desgracia. Este interrogatorio me hace sufrir horriblemente!

DUR. Prometo no molestarle por más tiempo; pero antes deseo conteste usted á mi última pregunta. ¿Paseó usted ayer por ese jardín?

DAN. No, señor.

DUR. ¿Y días pasados?

DAN. Tampoco. Desde que abandoné esta casa, no he entrado más en él.

DUR. Pues se han encontrado huellas de pisa-

das, que, indudablemente, pertenecen á usted.

DAN. ¡Cómo! ¡Imposible!

DUR. ¿Imposible? (Presentándole, bruscamente, el gemelo.) ¿Reconoce usted este gemelo?

DAN. Ciertamente, me pertenece. Pero ese gemelo lo perdí hace algunos días.

DUR. Pues se ha encontrado en el jardín, precisamente allí donde usted asegura que hace tiempo no ha entrado usted para nada.

DAN. ¡Es extraño!

DUR. En efecto, es muy extraño. (En este momento, Guyón, que un poco antes salió por la izquierda, se acerca á Durand y le habla al oído. Después se retira.) Perfectamente. Que entre ahora mismo. (A Daniel.) Aquí conducen á esa pobre joven que fué herida al propio tiempo que daban muerte á la desgraciada madre de usted.

DAN. ¿Sofía?

DUR. Ella misma. Retirémonos á un lado, porque la presencia de usted le produciría demasiada impresión.

(Durand y Daniel se retiran al fondo, cerca del balcón. Sofía sale de su cuarto sostenida por el Doctor.)

ESCENA IX

DURAND, DANIEL, SOFÍA, DOCTOR; después GUYÓN

DOC. ¡Así, así, hija mía!... Otro pequeño esfuerzo y llegaremos. (Pausa. Sofía avanza lentamente y después de mucho trabajo se sienta en el sillón.) ¡Muy bien! Ahora puede usted descansar un ratito... ¿Se encuentra usted mejor?

SOF. Un poquito mejor. ¡Soy más fuerte de lo que creía!...

DOC. Claro, en aquella habitación apenas se respira. Aquí los aires son más puros.

SOF. Y estamos solos, como usted me ofreció, ¿no es cierto?

DOC. Sí, hija mía.

SOF. ¡Al fin, gracias á Dios, se fueron los de la policía! ¡Me da tanto miedo esa gente!...

DOC. Pues tranquilícese usted, porque por ahora ya no volverá usted á verlos.

SOF. ¡Qué desgracia!... ¡Pobre señora!... ¿Por qué la habrá matado tan traidoramente? ¡Oh, Dios mío; no quiero acordarme!... (Entra Guyón.)

DOC. Yo le prometo que nos vengaremos, y usted también.

SOF. (Sobresaltada y rápido.) ¡Cómo!... ¿Qué ha dicho usted?... ¡Yo no quiero vengarme!... ¡No, no, por favor, que no nos venguen!... ¡Procure usted que no busquen al asesino!... ¡Yo, por mi parte, le perdono!...

DAN. ¡Pobre Sofía! (Contemplándola desde el fondo.)

DUR. (Á Daniel.) Aproxímese usted á ella.

(Daniel avanza suavemente, se coloca al lado de Sofía, y ésta, al verle, lanza un grito de terror.)

SOF. ¡Oh! (Volviendo la cabeza.)

DAN. ¡Sofía!

SOF. ¡Vete, miserable! ¿Qué vienes á hacer aquí? (Incorporándose poco á poco.)

DAN. ¡Dios mío!

SOF. ¡Sangre!... ¡Mirad sus manos, las tiene manchadas todavía!... (Poniéndose de pie, pero apoyándose en el sillón.) ¿Vienes á terminar tu infame obra, ó temes que te entregue á la justicia?... ¡Vete, huye!... Juro que callaré, prometo no delatarte... ¡No, no te delataré!... ¡Huye para siempre!... (Cayendo rendida en el sillón.)

DAN. (Retrocediendo asustado.) ¡Dios mío! ¿Qué dice? ¡Me confunde con el asesino!

SOF. (Prosiguiendo, como si estuviera soñando.) Tu puñal, el puñal que mató á tu madre, que después me hirió á mí, lo he escondido... y no temas... no... yo respondo que no lo encontrarán.

GUY. (¡Ah, qué idea!) (Dirigiéndose, precipitadamente, al cuarto de Sofía.)

DAN. ¡Sofía!... ¡Sofía!... ¡Vuelve en ti!

SOF. ¡No te acerques!... ¡Huye, huye de mi lado!... ¡Socorro!... ¡Socorro!

(En este momento entran dos agentes de policía y se colocan al lado de Sofía, lo mismo que el Doctor y Durand. Todos los personajes formarán cuadro alrededor de Sofía.)

DAN. ¡Sofía! (Con desaliento.)

SOF. (Como despertando y restregándose los ojos. Pequeña pausa.) ¡Qué veo!... ¡Esos hombres!... ¡La policía!... ¡Sí, la policía!... ¡Y me han oído!... Por Dios, no hagáis caso de mis palabras, porque no sé lo que me digo... Tengo fiebre, deliro... ¡Estoy loca!... Ya lo veis, ¡completamente loca!

(Queda desvanecida. El Doctor la socorre.)

GUY. (Saliendo del cuarto de Sofía.) ¡No, no está loca!... Aquí tiene usted, señor inspector, el puñal que esa señorita acaba de nombrar. Lo había escondido entre los colchones de su cama.

DUR. (A Daniel, presentándole el puñal.) ¿Conoce usted este puñal?

DAN. (Después de mirarlo fijamente.) Sí, señor, es mío. Pero ¿cómo se ha encontrado aquí? Ayer mismo estaba sobre la chimenea de mi cuarto... ¡Dios mío! ¿Será tal vez que?... ¡Y está manchado!... ¿Qué significa esta sangre?

DUR. ¡Ea, ea! Basta ya de farsa. ¡Daniel Lambert, en nombre de la ley, dese usted preso!

DAN. ¿Me detiene usted?

DUR ¡Como asesino! ¡Por parricida!

DAN. ¡Qué oigo!... ¿Yo asesino?... ¿Yo parricida?... (Cayendo de rodillas frente al cuarto de su madre.) ¡Oh, madre mía, defiende á tu hijo!

(Sofía continúa desvanecida y el Doctor á su lado, cuidándola. Los agentes se han retirado al fondo.)

DUR. (A Guyón.) (Todas las pruebas le acusan, por consiguiente es preciso reducirle en seguida á prisión.) (Hace una seña á los agentes, y éstos se apoderan de Daniel.)

DAN. ¿Qué es esto? ¿Me prendéis? (Luchando con los agentes.) ¡Oh, dejadme!

GUY. Venga usted con nosotros.

DAN. ¡Cómo! ¿Pretenden ustedes separarme de mi madre, que la deje sola? ¡No, imposible! Quiero velarla esta noche... Mañana se la llevarán y ya no la veré nunca más!... ¡Dejadme! (A los agentes, que han vuelto á apoderarse de él.)

GUY. Todo es inútil. ¡Andando!...

DAN. ¡Oh, tened piedad de mí! Mañana me arrestaréis, pero no ahora... Permitidme, por favor, que bese antes el inanimado cuerpo de mi madre... Dejad que la deposite en el cementerio, y después de la triste ceremonia seré vuestro... No intentaré escapar, os lo prometo... Cuando queráis iré á la guillotina, y, aunque soy inocente, juro perdonaros. ¡Madre, madre mía! (Después de una pequeña lucha, los agentes se llevan á Daniel, mientras éste exclama:) ¡No hay más remedio! ¡Dios la velará esta noche y hará que resplandezca mi inocencia!

(Vase acompañado de Guyón y los agentes. Sofía y el Doctor continúan en la misma situación que antes. Durand en medio de la escena, viendo salir á Daniel.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO TERCERO

Salón, elegantemente amueblado, en casa del banquero Brun. En el fondo, otro salón, iluminado para un baile. Puertas á derecha é izquierda. Chimenea á la izquierda. Al levantarse el telón, es de noche. Abundancia de luces.

ESCENA PRIMERA

EMILIA

EMI. ¡Las ocho y sin saber nada todavía! ¡La incertidumbre me mata! Ese proceso sigue sus trámites y el pobre Daniel se defiende heróicamente con la fuerza que presta la inocencia. ¿Vencerá al fin? ¡Dios lo quiera!

ESCENA II

Dicha y RICARDO

RIC. (Por el fondo.) ¡Buenas noches, Emilia!

EMI. ¡Ah, eres tú!... ¿Sabes algo? ¿Ha terminado ya el juicio?... ¿Qué pena le imponen?...

RIC. ¡Jesús, que taravilla!

EMI. ¿Qué ha pasado?... Dímelo.

RIC. No sé nada, querida hermana.

EMI. ¡Cómo! ¿No vienes del Palacio de Justicia?

RIC. En efecto, de allí vengo. (Bostezando.) Por cierto que me he aburrido soberanamente.

EMI. Entonces ¿habrá terminado ya el juicio?

RIC. Todavía no.

EMI. Pues ¿cómo te hallas ya en casa? Yo creía que los testigos debían asistir á todas las sesiones.

RIC. Y no te equivocas, pero como me han citado tantas veces y nunca me llega el turno, la verdad, ya me voy cansando. Ver todos los días las mismas caras; oir hablar constantemente de lo mismo, fastidia á cualquiera. Además, la clase de gente que concurre á esos actos suele ser casi siempre ordinaria, sin ilustración, en fin, de lo peorcito de la sociedad.

EMI. Pues yo me figuraba que asistía toda clase de gente.

RIC. Nada de eso. Imagínate qué ilustrados serán cuando ninguno de ellos conoce el *baccarat.*

EMI. Pero ¿qué tiene que ver el juego con el proceso?

RIC. ¡Vaya si tiene que ver! Como las sesiones son interminables, ideé el modo de entretener el tiempo y me llevé dos barajas en el bolsillo; pero ninguno de los personajes que tenía á mi lado conoce ese juego. ¡Qué lástima! Jamás se presentará otra ocasión como la de hoy. Figúrate que estábamos colocados detrás de la estufa, de modo que ni el Presidente ni nadie del Tribunal podía vernos... ¡Cuando lo pienso!... Pero nada, me quedé compuesto y sin novia, es decir, con las barajas en el bolsillo y sin poder jugar.

EMI. ¡Verdaderamente, es una lástima!...

RIC. ¿Te burlas?

EMI. No, prosigue.

RIC. Ya comprenderás del humor que me pondría al ver contrariados mis deseos, así que no hacía más que revolverme en mi sitio. Unas veces tosía, otras bostezaba, hasta que por fin el Presidente, molestado por mi inquietud, mandó que me retirase de la Sala, y aquí me tienes.

EMI. ¿De modo que ese proceso no te interesa?

RIC. Ni poco ni mucho. (Paseando.) ¡Si al menos hubiese visto alguna mujer guapa!... Algo para distraer la vista, pero nada, chica! (Parándose de repente.) Miento, había una: la hermosa Sofía. ¡Valiente mujer!

EMI. Pero ése á quién hoy acusan; ese desgraciado, víctima quizás de una vil calumnia; ése que se defiende de una fatal acusación, ha sido tu amigo, tal vez el mejor de todos.

RIC. ¡Amigo!... Lo fué mientras le ganaba el dinero, pero desde el día que me dejó sin un franco, lo confieso, no podía verle.

EMI. ¡Calla, calla! Luego hablas de nobleza y de buenos sentimientos, cuando eres insensible para todos los actos de tu vida. (Sentándose.)

RIC. Creo que me calumnias, querida hermana. (Sentándose frente á la chimenea.) Soy insensible, es verdad, pero hasta cierto punto; es decir, para lo que me conviene. Ayer mismo, sin ir más lejos, recordarás que me puse furioso cuando mi padre me negó tres mil francos que le pedía, pretestando que acababa de pagar seis mil á la modista de nuestra adorada madrastra. Como esa rotunda negativa afectaba directamente á mi individuo, por lo mismo le dije: «¿Qué necesidad tenías de volver á casarte? Si no hubieses reincidido, ahora tendrías más dinero, y yo también.» Pero papá se ha vuelto sordo de conveniencia y sólo obedece á los caprichos de su mujer. Nuestro padre no es padre! ¡A última hora ha resultado padrastro! ¿No es verdad? (Volviendo la

cabeza.) ¿Pero no me oyes? ¿Estás filosofando? Apostaría cualquier cosa que en este momento piensas en Daniel. ¡Chica, el amor te ha vuelto tonta!...

EMI. ¡Ricardo!

RIC. No, no creas que te censuro por eso, al contrario. Daniel, además de ser guapo y elegante, es el héroe del día; tanto, que en poco tiempo ha logrado ser popular en toda Europa. Pero lo más gracioso del caso es que en esa popularidad va envuelto también tu nombre.

EMI. ¡Eh!

RIC. Como lo oyes. Lo mismo los testigos que los concurrentes á las sesiones, atribuyen la vida desordenada de Daniel á ciertos amores con la hija de un opulento banquero.

EMI. ¡No es verdad!

RIC. Eso equivale á llamarme embustero. ¡Paciencia! (Avivando el fuego de la chimenea.) Por lo que á mí respecta, puedo decir que esas versiones no me han producido efecto alguno, pero en cambio conozco á cierta personita que cada vez que oye hablar de la novia de su amante, se encoleriza como una leona. Por si no sabes á quien me refiero, te diré que esa individua se llama Sofía, la bella Sofía.

EMI. ¡Oh!

RIC. ¡Qué mujer!... Es una vengadora *comm'il faut*.

EMI. ¡Calla; mamá se acerca!

(Luisa aparece por el fondo, examinando el salón.)

RIC. (Volviendo la cabeza hacia el fondo, pero sin levantarse.) Es verdad. ¡Vaya una elegancia! Claro, no es extraño que mi padre pague cuentas de seis mil francos á la modista!... ¡Con semejantes lujos voy viendo que peligra mi pensión!...

ESCENA III

DICHOS, LUISA

LUI. ¡Hola, Ricardito! Creí que no estabas en casa.

RIC. Llegué hace un rato.

LUI. Y mi marido, ¿no ha venido contigo?

RIC. No, señora.

LUI. ¿Por lo visto, piensa pasar la noche en el Palacio de Justicia?

RIC. Lo ignoro.

LUI. ¡Cuando digo que ese maldito proceso no terminará nunca!... Pero, ¿no te ha encargado nada para mí?

RIC. No, señora.

LUI. ¡Jesús! Los hombres de esta casa parecen tontos. Mi marido sin venir, y tú sin vestirte todavía. Anda, ve á arreglarte un poco para recibir á los invitados. ¡No sirves para nada!...

RIC. (Levantándose.) Es verdad, no sirvo más que de estorbo. Pero, en fin, voy á vestirme. (Vase por la derecha, primer término.)

ESCENA IV

LUISA, EMILIA

LUI. El señor Fermont nos ha puesto en un verdadero compromiso. Bien podía haber citado á otros amigos para declarar en favor de ese muchacho, y no á tu padre. Así como hay cariños que matan, hay amistades que comprometen.

EMI. Pues yo opino que el señor Fermont ha hecho perfectamente. Se trata de defen-

der al hijo de una amiga, y es muy lógico que llame en su ayuda á las conciencias honradas.

LUI. Pero, ¿qué quieres que diga tu padre? ¿Qué el acusado es inocente? ¿Qué no ha dado muerte á nadie? Eso no puede decirlo, porque no le consta. En fin, no quiero culpar al señor Fermont de lo que nos sucede. Lo que siento es que falte tu padre de casa, precisamente esta noche que abro mis salones á los amigos.

EMI. Como nada sabe del baile que usted ha organizado, no es extraño que no se de prisa por venir.

LUI. No le dije nada porque quería darle una sorpresa. Además, como mi marido es tan particular, si le hubiese consultado mis propósitos, de fijo se hubiera opuesto resueltamente.

EMI. No lo creo.

LUI. Y yo tengo mis motivos para dar esta fiesta. El baile de hoy, más que diversión, es una viva protesta contra ciertos rumores que perjudican notoriamente nuestro buen nombre.

EMI. ¿Cómo?

LUI. No quiero que se nos acuse de tomar parte en el sentimiento de Daniel y de compartir su desgracia. ¡Maldita la hora que tu papá lo presentó en esta casa!

EMI. ¿De modo que le supone usted culpable?

LUI. ¡Ya lo creo! Las pruebas no pueden ser más terminantes.

EMI. ¡Y también deseará usted que le condenen!...

LUI. No, eso no. Que se salve, si puede. Unicamente deploro que haya alternado, durante un año, con nuestros amigos. ¡Un parricida!

EMI. Nada puede afirmarse todavía. ¿Y si al fin resulta inocente?

LUI. ¡No lo creas!

EMI. ¡Esperemos!

LUI. Parece que no te importa que mis salo-

nes se vean desairados, que ciertas personas me dirijan consuelos llenos de ironía... que se murmure y que...

EMI. Por mi parte desprecio toda murmuración, máxime cuando recuerdo que en estos momentos se halla bajo el peso de la ley, una persona á quien hemos admitido en nuestro trato íntimo.

LUI. ¡Eso no es cierto!...

EMI. ¿Negará usted que siempre le hemos distinguido con nuestra amistad?

LUI. Antes, no digo que no, pero ahora!... ¡Un asesino!

EMI. ¡Pobre Daniel!... ¡Todos le condenan!

LUI. Naturalmente, y si no que presente pruebas, que se defienda.

EMI. ¡Desgraciado!

LUI. ¡Justo, compadécele!

EMI. ¿Por qué no, si le creo inocente?

LUI. Es inútil que sigamos tratando por más tiempo esta cuestión, porque ni tú ni yo hemos de ceder en nuestras apreciaciones.

EMI. Tiene usted razón. Mejor es dejar su defensa á los representantes de la ley.

CRIADO. (Anunciando). El señor Theruzot y su señora.

(Theruzot y los demás caballeros que van entrando, sucesivamente, saludan á Luisa y Emilia, y luego se retiran al salón del fondo.)

ESCENA V

DICHAS, MERCEDES

MERC. ¡Buenas noches, Luisa! ¡Adiós, Emilita, ¿y tu papá?

EMI. No ha venido aún.

MERC. Claro, estará todavía en el Palacio de Justicia. ¡Qué suerte!... No puedes imaginarte los deseos que yo tenía de asistir á alguna de las sesiones. Hubiera acudido

con más interés que á cualquier teatro en noche de estreno.

EMI. ¿De veras?

MERC. Lo confieso ingénuamente; pero, hija mía, me he visto precisada á desistir de mi empeño, porque ninguno de nuestros amigos ha podido proporcionarme una invitación. ¡Paciencia! Me consuelo con el ofrecimiento que acaba de hacerme Eduardito, un joven altamente simpático, el cual me ha ofrecido papeleta para el primer parricidio que se presente. Y vosotras, ¿no habéis asistido á ninguna de las sesiones?

LUI. No. (Secamente.)

MERC. Por otra parte, casi me alegro de haberme quedado sin invitación, porque como se trata de un amigo vuestro, y yo tengo tan buenos sentimientos!...

EMI. (Se conoce.) (Yendo á colocarse frente á la chimenea.)

MERC. Hubiera sufrido mucho. ¡Pobre Daniel!

LUI. Por Dios, no hablemos más de ese asunto...

CRIADO (Anunciando.) ¡Los señores Constan.

(Luisa se dirige al fondo y recibe á Teresa. Mercedes se sienta en un sillón, cerca de la chimenea.)

ESCENA VI

DICHAS, TERESA

LUI. ¡Teresa! (Besándola.)

TER. (Yendo á besar á Mercedes y Emilia.) ¡Adiós, Mercedes!... ¡Emilita!...

LUI. No te aguardaba esta noche! ¡Cuánto me alegro que hayas venido!

TER. ¡Mil gracias! Yo no abandono nunca á los buenos amigos, máxime cuando éstos se encuentran en situaciones excepcionales.

LUI. (¡Esto más!)

TER. Mañana me ausento de París, y antes he querido... Pero ¿qué significa esa iluminación?

LUI. Nada; un pequeño baile que hemos improvisado.

TER. ¡Picaronas! Y no os habéis acordado de mí...

LUI. Tienes razón. Ha sido un olvido involuntario; pero, afortunadamente, la casualidad te ha traído, y...

TER. Sí, pero ya veis como vengo...

LUI. Eso no importa. Los amigos que vendrán esta noche son todos de confianza.

TER. ¿Y á qué hora es el baile?

LUI. A las diez.

TER. Pues la hora se aproxima, y, según veo, tenéis poca gente. Es natural; todos vuestros amigos habrán asistido á la sesión, y como ésta ha terminado tan tarde... ¡Dichoso proceso! ¡Qué deseos tengo de que concluya pronto!

MER. Lo mismo digo yo.

TER. Y lo mismo desearéis vosotras, ¿no es cierto?

LUI. Sí, pero hacedme el favor de no hablar más de esa cuestión...

CRIADO. (Anunciando) Los señores Fromental y Barré.

(Luisa se dirige al fondo y saluda á las personas anunciadas por el criado, las cuales permanecen formando corrillos en el fondo, á la vista del público. Emilia, Mercedes y Teresa hablan aparte. En seguida aparece por la izquierda Ricardo, elegantemente vestido, y trayendo un paquete de periódicos debajo del brazo.)

ESCENA VII

DICHAS, RICARDO

RIC. (¡Magnífico! La idea es de mal género, pero de gran efecto!)

LUI. (Volviendo del fondo.) (¡Qué pesadez! Todo el mundo me habla de lo mismo. (Sin reparar en Ricardo.) ¡Maldito proceso! Si yo pudiése inventar un medio de distraer á esa gente!... (Reparando en Ricardo.) Este me ayudará.) (A Ricardo.) (Oye, Ricardito: como tu padre no ha venido todavía, á ti te corresponde hacer los honores de la casa. Es preciso que entretengas á esos caballeros.)

RIC. (Pierda usted cuidado; verá usted como los divierto en seguida.) (Imitando, cómicamente, la voz de los vendedores de periódicos.) ¡*La Tarde*, con el proceso Lambert, con las declaraciones de los testigos y la defensa y acusación de los abogados! ¿Quién quiere leer el célebre proceso?

MER. ¡Magnífica idea! ¡Já, já! ¡Bravo, bravo!

TER. ¡A ver, venga uno!

(Todos los invitados acuden presurosos á pedir periódicos. Ricardo los va repartiendo.)

LUI. (¡Qué estás haciendo, condenado!) (A Ricardo.)

RIC. (¿No me ha dicho usted que entretuviera á los invitados?)

LUI. ¡Dios mío! ¡Esto ya no tiene nombre! (Dejándose caer en un sillón, cerca de Emilia.)

RIC. (Mamá se ha incomodado, pero los demás han aplaudido mi idea.)

LUI. (¡Estúpido!)

EMI. (A Luisa.) (No se altere usted. ¡Al fin cosas de Ricardo! El muy tonto ha creído, sin duda, molestarme, y yo he de ser la pri-

mera en repasar ese papel.) (Dirigiéndose á Ricardo.) Dame un periódico.

RIC. Toma. Me debes cinco céntimos.

TER. Toda vez que el autor de la idea es el hijo de la casa, creo podemos leer sin temor de herir susceptibilidades.

RIC. ¡Sí, qué se lea! ¡Qué se lea!

(Cada uno de los personajes, excepto Luisa, tiene un periódico, y todos leen con avidez.)

TER. (Leyendo.) «Siempre que un terrible crimen como el que nos ocupa viene á perturbar el ánimo de las personas honradas, se nos ocurre la siguiente pregunta...»

MER. (Id.) «El horrendo crimen que ha logrado interesar á toda Europa, sigue preocupando á los dignos magistrados de la Sala...»

RIC. (Id.) «El fiscal, después de hacer la historia del crimen, termina su brillantísimo discurso con las siguientes frases...»

MER. (Id.) «Daniel Lambert permanece impasible, prueba patente de su perversidad...»

TER. (Id.) «Vuestra conciencia os dicta que es criminal; por consiguiente debéis castigarle con todo el rigor de la ley...»

RIC. ¡Todos le acusan; nadie le defiende!

EMI. Yo puedo probar lo contrario. (Colocándose en medio de la escena.)

RIC. ¿Tú? ¡Habrá leído alguna paparrucha!

EMI. Oigan ustedes. (Leyendo.) «El señor Fermont, dignísimo defensor del acusado, dice que le conoce desde niño, que ha continuado tratándole hasta hoy, y que si bien es cierto que en su vida privada aparecen algunas faltas, propias de la juventud, en cambio ha sido siempre buen hijo, humilde, de carácter afable é irreprochable conducta. El abogado defensor, después de razonar con profunda brillantez, solicita la absolución libre de su defendido, con todos los pronunciamientos favorables, y exclama: «Meditad un momento antes de firmar vuestro fallo, porque yo creo que el acusado no es

culpable, yo afirmo que es víctima de la implacable fatalidad, y que si le condenáis, llevaréis á la guillotina á un inocente.»

TODOS. ¡Bravo! ¡Bravo!

BRUN ¡Bravo! ¡Bravo! (Apareciendo por el fondo, acompañado de Fermont.)

TER. ¡Bien por el abogado defensor! (Levantándose.)

ESCENA VIII

DICHOS, BRUN y FERMONT

BRUN Todo entusiasmo es poco comparado con el derroche de elocuencia con que ha entusiasmado al auditorio. Aquí le traigo, para que le feliciten ustedes.

TODOS. ¡Bravo! ¡Bravo! (Aplaudiendo.)

FER. ¡Mil gracias!

EMI. (A Fermont.) (¿Le han perdonado?)

FER. (A Emilia.) (Sí, el Jurado le absuelve, pero eso no basta. Yo vengo á rehabilitarle ante la sociedad.)

EMI. (¡Gracias por él y por mí!)

(Todos los personajes rodean á Fermont. Emilia se retira á un lado.)

TER. ¿De modo que ha sido absuelto?

BRUN ¡Naturalmente! Después del brillante discurso del abogado defensor, no había otra solución posible. ¡Eso es oratoria! ¿Quién no se conmueve ante aquella galanura de estilo, ante aquel derroche de palabras? Más de una vez el público quiso demostrar su admiración hacia el abogado, que tan bizarramente defendía á su apadrinado. Ya nadie consideraba culpable á Daniel Lambert. Los más incrédulos estaban penetrados de su inocencia y se apresuraron á abrazarle cariñosamente. Yo quise participar de la alegría general y

también le abrí mis brazos exclamando; «Nuestra casa está abierta para usted, lo mismo que antes. Nosotros procuraremos hacerle olvidar sus pasadas desdichas y para ello exijo que esta misma noche vaya usted á vernos.»

LUI. (Llevando á Brun á un lado, mientras los demás personajes rodean á Fermont y hablan aparte.) ¡Cómo! ¿Te has atrevido á invitarle, precisamente la noche que abro mis salones?

BRUN Como nada me has dicho, ignoraba ese detalle. Creí que estaríamos en familia, y lo mismo cree ese muchacho.

LUI. ¡Maldición!

BRUN Después de todo no comprendo tu disgusto. ¿Acaso no le han declarado inocente?

LUI. Lo será para los jueces, pero nunca ante la sociedad, que juzga imparcialmente.

(Luisa y Brun, retirados á un lado de la escena, siguen hablando aparte. En el centro están sentados Teresa, Mercedes, Emilia, Fermont y Ricardo. En el salón del fondo, mucha animación.)

MER. Ha estado usted como siempre, felicísimo, y así únicamente se comprende que haya usted triunfado en toda la línea; pero los que hemos seguido paso á paso el curso de ese proceso y no nos hemos impresionado oyendo su brillante defensa, la verdad, seguiremos dudando de la inocencia de Daniel Lambert.

LUI. (¿Oyes?) (A Brun.)

BRUN (¡Sí, pero!..)

TER. Dices muy bien. A pesar de la elocuente defensa de usted, aun después de conocido el veredicto del Jurado, para la mayoría del público, que tiene formada su opinión, existirán siempre terribles pruebas contra la inocencia de su patrocinado.

MER. ¡Y es tan difícil hacer variar la opinión pública!...

LUI. (¡Ya lo ves!) (A Brun.)

FERM. Pero entonces esa opinión pública, como ustedes la llaman, ¿qué pretendía del Ju-

rado? ¿Qué castigara á un inocente? ¿No está plenamente probado que Daniel Lambert no es parricida? Cuando un Tribunal declara reo á un indivíduo, la opinión acata el fallo y se le proscribe de la sociedad, ¿por qué, pues, no ha de acatar igualmente el veredicto de un Jurado, cuando absuelve á un inocente?

BRUN (¿Qué dices á eso?) (A Luisa.)

MER. Hermosa argumentación; pero, siento decirlo; creo no logrará usted convencer á nadie.

FERM. ¿Por qué?

MER. Porque desde el principio del proceso todo el mundo señaló á Daniel Lambert como parricida, y nadie creerá en su inocencia. (Oyense fuertes murmullos en el salón del fondo.)

RIC. Opino lo mismo. Pero ¿qué ocurre? (Dirigiéndose al fondo.)

TER. ¡Los invitados despejan el salón!...

LUI. ¿Qué es eso? (Dirigiéndose también hacia el fondo, acompañada de Brun.) ¡Es él!... ¡Qué contratiempo!... (Daniel aparece por el fondo, sin atreverse á pasar. Todos los invitados han desaparecido del salón del fondo. Mercedes, Emilia, Teresa, Fermont y Ricardo se retiran á la izquierda, y Luisa y Brun á la derecha.)

ESCENA IX

DICHOS, DANIEL

MER. Señor Fermont, no es preciso discutir más, ¡ahí tiene usted la prueba!...

LUI. (A Brun) (¿Estás satisfecho de tu obra? ¡Qué vergüenza! Gracias á tí, desde hoy mis salones están deshonrados!)

BRUN (¡Dios mío!)

LUI. (Separándose de Brun y dirigiéndose al grupo de

la izquierda.) Ven, Ricardo. Acompaña á estos señores.

RIC. ¡Con muchísimo gusto! (Ofreciendo ambos brazos á Mercedes y Teresa.)

LUI. Salgamos, Emilia. (Vanse por la derecha.)

EMI. (¡Pobre Daniel! ¡Qué afrenta!)

RIC. Pues señor, ¡nos hemos lucido!

TER. ¡Nos han dejado solos!

MER. ¡Se aguó la fiesta!

RIC. ¡Magnífico! ¡Magnífico!

(Vanse los tres por donde se fueron Luisa y Emilia. En escena quedan: Brun á la derecha, Fermont á la izquierda y Daniel en el fondo. Después de una corta pausa, Fermont se dirige al foro y abraza á Daniel.)

FER. ¡Ya lo ves!

DAN. (Avanzando y dirigiéndose á Brun) Caballero, ¿por qué no me ha dicho usted que en su casa se preparaba un baile?... ¿Por qué me ha expuesto usted á recibir esta afrenta?

BRUN Tiene usted razón; no lo sabía. ¡Ah, los que leen un proceso en los periódicos debían asistir á las sesiones para estudiar el semblante del acusado, para presenciar las pruebas, para conocer á los testigos, y entonces no serían tan severos y juzgarían con conocimiento de causa!... Con la presencia de usted en esta casa he podido convencerme de ello.

LUI. ¡Luciano! ¡Luciano! (Desde el fondo.)

BRUN ¡Mi mujer! ¿Qué ocurrirá? Soy con ustedes al momento. (Vase por el fondo.)

ESCENA X

FERMONT y DANIEL

DAN. ¡Ah, señor Fermont! ¡Todo ha concluído para mí! ¡Ya ha visto usted cómo me han recibido!... Esa gente huía de mi lado como se huye del leproso. Mi presencia,

más que lástima, ha producido terrible pánico, y ese salón se ha despejado como por encanto. ¡Todos me rechazan, nadie me compadece!

FER. ¿Y lloras y te desesperas porque unas cuantas personas, que tal vez no tengan tan limpia su conciencia como tú la tienes, te abandonan y te rechazan? Si ésta te cierra sus brazos, otra sociedad hallaremos de gentes, no tan elevadas, pero sí más justas, que te abran los suyos.

DAN. Temo que lo que aquí me ha sucedido me suceda en todas partes. Además, esa sociedad de que usted me habla no puede tener para mí los atractivos que encierra ésta. (Emilia aparece por el fondo y se detiene á escuchar.) Ya sabe usted que aquí se reconcentra mi amor, mi esperanza, mi vida, y si de esta casa me arrojan, ¿qué debo esperar ya del mundo? ¡Nada me resta hacer en él!...

ESCENA XI

DICHOS, EMILIA

EMI. (Avanzando vivamente). ¡Eso no es cierto!

DAN. ¡Emilia!

EMI. ¿Ha vengado usted á su madre?

DAN. ¡No!

EMI. Pues esa es la tarea, esa es la obligación que desde hoy debe usted imponerse. Buscar al matador, al infame criminal que le ha sumido en le más cruel de los dolores y el ha deshonrado ante la sociedad. Es preciso encontrar al verdadero asesino y entregarle á la justicia. Así únicamente podrá usted rehabilitarse ante esas gentes que hoy le rechazan. ¡Lo exijo por usted! (Más bajo.) ¡Lo exijo por nuestro amor!

DAN. ¿De modo que usted no me desprecia, como todos?

EMI. No, pero es preciso...

DAN. Yo buscaré al asesino. El amor de usted y la memoria de mi madre me alentarán en la tarea. Hasta que le encuentre no volveremos á vernos. ¡Adiós, Emilia! ¡Adiós, señor Fermont!

FER. ¡Pobre Daniel! (Abrazándole.)

EMI. ¡Adiós!

DAN. ¡No puedo más! (Vase corriendo por el foro.)

EMI. ¡Que triunfe! ¡Virgen mía, no le desampares!

FER. ¡Que Dios le inspire!

(Emilia rompe á llorar. Fermont la contempla.)

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Sala en la Prefectura —Telón corto.—A la derecha, mesa escritorio y sillón.—Puerta al fondo y otra á la izquierda.

ESCENA XII

DORVAL y GUYÓN, por el foro

(Después de la mutación, entra Dorval y coloca varios papeles sobre la mesa. En seguida aparece Guyón por el foro.)

DOR. ¡Adelante, amigo Guyón!

GUY. ¿Ha venido el señor Durand?

DOR. No, pero ya no puede tardar.

GUY. Pues entonces voy en un momento á ver á mi familia, porque hace ocho días que nada saben de mí.

DOR. ¿Terminó usted su comisión?

GUY. Sí, y afortunadamente con éxito satisfactorio. No quiero perder tiempo. Cuando venga el señor inspector, dígale usted que

antes de media hora estoy de vuelta. ¡Hasta luego! (Vase por el foro. En seguida, Daniel, por el mismo sitio.)

ESCENA XIII

DORVAL y DANIEL

DAN. ¿Se puede? (Desde la puerta.)
DOR. ¡Adelante! ¿Qué se le ofrece, caballero?
DAN. Deseo ver al señor Durand.
DOR. Todavía no ha venido. ¿Le traen, acaso, asuntos del servicio?
DAN. No, un asunto particular.
DOR. ¿Se llama usted?...
DAN. Daniel Lambert.
DOR. ¿Daniel Lambert? ¿El qué?.., (Mirándole fijamente).
DAN. Sí, el que ha sido absuelto por el Tribunal.
DOR. Pues si no quiere usted molestarse, yo puedo decir al señor inspector...
DAN. Quería entregarle esta carta, y como en ella suplico contestación...
DOR. Perfectamente. Aguarde usted en el pasillo, y cuando venga el señor Durand, yo le llamaré á usted. (Daniel se va por el foro.

ESCENA XIV

DORVAL, en seguida DURAND, por la izquierda

DOR. ¡Es muy simpático! ¿Quién al verle diría que se trata de un asesino, porque aunque es verdad que el Tribunal le ha absuelto, declarándole inocente, á mí nadie me convence y sigo creyendo que es un criminal temible.

DUR. ¡Dorval!

DOR. ¡Señor inspector! (Levantándose).

DUR. ¿Ha preguntado alguien por mí?

DOR. El señor Guyón.

DUR. ¿Dónde está?

DOR. Salió hace un momento, pero me ha encargado decir á usted que volvería. Venía muy satisfecho, porque, según dice, ha terminado su comisión con éxito satisfactorio.

DUR. Eso prueba que ha averiguado algo. ¡Quiera Dios que esta vez seamos más afortunados! ¿No ha venido nadie más?

DOR. Sí, señor, Daniel Lambert.

DUR. ¡Daniel Lambert!...

DOR. Y me ha entregado esta carta para usted.

DUR. ¡A ver! (Leyendo.) «El fallo del Tribunal declarándome inocente, á la par que me descarga de una acusación infame, es un acto de justicia. Estoy libre, pero esto no basta. Desde ahora quiero consagrar mi vida al descubrimiento del asesino de mi madre y presentarlo á la faz del mundo, único medio para yo rehabilitarme ante la sociedad que hoy me rechaza. Así, pues, le suplico un puesto en la policía, seguro de que no se arrepentirá usted nunca de haber utilizado los servicios que pueda prestar á sus órdenes, su atento, afectísimo, Daniel Lambert.» (Dejando de leer.) Ese muchacho es loco ó se burla de nosotros. ¿Volverá por la contestación?

DOR. Está aguardando en el pasillo.

DUR. Que entre...

(Dorval levanta el portier, hace una seña y aparece Daniel. Dorval le presenta y luego se retira.)

ESCENA XV

DURAND y DANIEL

DUR. (*Bruscamente.*) He leído su carta y siento mucho no poder aceptar lo que en ella me ofrece.

DAN. ¿Desprecia usted mis servicios?

DUR. Sí, señor, porque no los necesitamos. Además, en la policía no se admite á cualquiera.

DAN. ¡Yo no soy ese cualquiera!... Con mi resolución cumplo un sagrado deber.

DUR. ¿No le han absuelto? ¿No está usted libre? Pues entonces, ¿qué más desea usted?

DAN. Vengar á mi madre y rehabilitarme ante el mundo.

DUR. Para eso no es preciso que entre usted en la policía. Haga por su parte las gestiones que crea oportunas, busque, indague, averigüe... y después comuníqueme usted las noticias que vaya adquiriendo.

DAN. ¡Qué puedo hacer abandonado á mis propias fuerzas!... Necesito alguien que me dirija, que guíe mis pasos, que me aconseje.

DUR. ¿Quiere usted un consejo? Voy á dárselo. Cuando se obtiene un fallo como el que usted ha alcanzado, no debe pedirse más.

DAN. Es que á pesar de ese fallo se me cree tan criminal hoy como ayer. Usted mismo, sin ir más lejos, me recibe de cierto modo... pero no me sorprende, porque me sucede exactamente igual en todas partes. ¡Mi situación es harto dolorosa!...

DUR. No lo niego.

DAN. Por lo mismo mi deseo, mi único afán, es descubrir á todo trance á ese criminal, á ese vil asesino que después de matar traidoramente á mi madre, me ha herido

de muerte, deshonrándome para toda la vida. ¡Ah, señor Durand, atienda usted mis ruegos, no me abandone! ¡Quiero vengarme, sí, tengo sed de venganza!...

DUR. Cálmese usted. (Secamente.)

DAN. Quizás en este momento, mientras yo estoy implorando venganza y usted me escucha con indiferencia, el miserable asesino se reirá de nosotros, celebrando el buen éxito de su infame obra.

DUR. Conozco el sistema de defensa empleado por usted, y por cierto, con feliz resultado.

DAN. ¿De modo que sigue usted creyendo que yo?... ¡Dios mío, esto es horrible!

DUR. Para abogado no tendría usted precio.

DAN. ¡Oh, esa ironía!

DUR. (Bruscamente.) En fin, terminemos de una vez... Hace rato le estoy escuchando á usted con calma, y todavía no sé si es usted el más hábil de los pillos, ó el más desgraciado de los hombres.

DAN. ¡Madre mía!

DUR. No tengo más que decir.

DOR. El señor Guyón.

DUR. Que pase. (A Daniel.) No se vaya usted.

ESCENA XVI

DICHOS y GUYON

DUR. (Saliendo al encuentro de Guyón y hablando aparte.) ¿Qué noticias trae usted?

GUY. Después de ocho días de continuas indagaciones, he podido, por fin, comprobar que tanto Marcial Borel como Andrés Barillón se hallaban en París el mismo día en que fué asesinada doña Angela.

DUR. ¿Está usted seguro?

GUY. Segurísimo; y es más, creo que el crimen fué preparado por ellos.

DUR. (Separándose de Guyón.) ¡Qué torpe he sido!... Jamás cruzó por mi imaginación la idea de que pudieran ser ellos. Pero juro... (A Guyón) ¿Y en dónde se hallan ahora?

GUY. Otra vez en París, y su centro de operaciones es el café cantante de la calle de Madame.

DUR. ¡Perfectamente! Puede usted retirarse.

ESCENA XVII

DURAND y DANIEL

DUR. ¡Ah, señor Lambert! (Estrechando sus manos) ¡Perdón, perdón por los muchos daños que le he causado!

DAN. ¡No comprendo!...

DUR. Ahora es cuando empiezo á creer en su inocencia. Ahora voy comprendiendo que me equivoqué al señalarle como parricida.

DAN. ¡Oh, eso quiere decir que ha descubierto usted al asesino! ¿Será cierto? ¡Dios mío, no me oculte usted la verdad!

DUR. ¡Estoy avergonzado!

DAN. No, yo le perdono todo el mal que me ha hecho, pero exijo que me diga usted el nombre del criminal... ¿Le conoce usted?

DUR. Creo conocerle, mejor dicho, conocerlos, porque son dos.

DAN. Entonces no perdamos tiempo. ¿Por qué no ordena usted su captura?

DUR. Porque antes necesito pruebas.

DAN. Yo las buscaré. Indíqueme usted dónde podré encontrar á esos miserables, y allí, confundido entre ellos, descubriré sus crímenes y los delataré á la justicia.

DUR. ¡Eso nunca! Se trata de hábiles criminales y quizás al lado de ellos peligraría su vida.

DAN. ¡Mi vida! La arriesgo gustoso á trueque de recobrar mi honra.

DUR. Pero yo no debo consentir...

DAN. Si es cierto que comprende usted todo el daño que me ha hecho; si es verdad que desea usted enmendar su terrible equivocación, ¿por qué me niega usted lo que le pido? ¿Por qué no hace usted caso de mis súplicas?

DUR. ¡Me pone usted en un compromiso!...

DAN. No es el vil deseo de la venganza el que me guía; mi pretensión es más noble, más elevada. ¡Quiero encontrar á esos canallas, llevarles ante un tribunal, y una vez juzgados, entonces verá el mundo que se ha equivocado, mi inocencia resultará clara, palpable, y dejaré de ser para siempre el infame parricida, como hoy se me llama!

DUR. Es muy cierto. ¡Yo tengo la culpa!

DAN. Pues de usted depende la enmienda.

DUR. Su deseo es ingresar en el cuerpo de policía, ¿no es eso?

DAN. Sí, señor.

DUR. Conforme. Desde hoy trabajaremos juntos, y confío que los asesinos de su madre caerán en nuestro poder antes de ocho días... Venga usted conmigo.

DAN. ¡Gracias, gracias, señor Durand!...
(Vanse por el foro.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO QUINTO

La escena representa una parte de la sala de un café cantante, prolongándose por la izquierda.—En el fondo, puerta con cristales, que da á la calle.—Mesas á derecha é izquierda y en el fondo.

ESCENA PRIMERA

RICARDO, ANDRÉS, PEDRO

(Ricardo, sentado frente á la primera mesa de la derecha. Andrés, sentado á la izquierda, leyendo un periódico. Este personaje irá disfrazado, con levita, peluca blanca y anteojos verdes. Varios concurrentes al café sentados frente á las mesas del fondo. Es de noche. Alumbrado eléctrico ó gas.)

RIC. (Bebiendo.) ¡Valiente sociedad! ¿Quién, al verme en este cafetucho, diría que soy nada menos que el hijo del opulento banquero Brun? ¡Codeándome yo con el populacho! Y todo por ver á Sofía, la célebre heroína del proceso Lambert. Desde el día que la vi en el Palacio de Justicia, no puedo alejarla de mi pensamiento. Por fin esta noche quizás podré hablar con ella. ¡Qué felicidad! Tal vez ahora se estará vistiendo. (Buscando en los

bolsillos del chaleco.) Ya no me acordaba que me lo guarda don Remigio, el prestamista... ¡Valiente pillo! ¡Darme cien francos por un reloj que costó setecientos! Y de esta cadena me ofrece cincuenta. Ese maldito hombre se va haciendo imposible y me obligará á buscar un usurero que me desuelle vivo.

AND. (Llamando á Pedro, que cruzará diferentes veces por la escena.) ¡Mozo!

PED. ¡Señor!

AND. ¿Ha preguntado alguien por mí?

PED. Nadie.

AND. ¿Sabes cómo me llamo?

PED. Sí, señor: ya me lo ha dicho usted. Don Isaac Landry.

AND. Muy bien. Tráeme una copa de aguardiente.

PED. En seguida. (Va á marcharse, pero se detiene al oir á Ricardo.)

RIC. ¡Pedro!

PED. ¿Qué se ofrece?

RIC. Ven acá. ¿Es cierto lo que anuncia este programa? Aquí dice que cantará la célebre Sofía.

PED. Sí, señor. Por fin esta noche la oiremos.

RIC. Es extraño que haya acudido tan poca gente.

PED. Como hace tantos días que se viene anunciando su debut y siempre se ha suspendido por encontrarse enferma, el público se ha escamado y ya no viene.

RIC. Pues yo he venido todas las noches.

PED. Es verdad: ha sido usted consecuente.

(Durante el diálogo, Ricardo ha estado accionando, colocados los codos sobre la mesa.)

RIC. ¡Carambita, que sucias están estas mesas! (Limpiándose las mangas.)

PED. Como aquí se sienta poca gente...

RIC. No se llevan el polvo, ¿verdad?

AND. ¡Mozo! ¿Y la copa?

PED. Corriendo. (Vase por la izquierda.)

RIC. (Cogiendo un paño y limpiando la mesa.) ¡Lo que puede el amor! ¡Si mi madrastra me

viera!... La verdad es que Sofía todo se lo merece. ¡Es una gran mujer!... ¿Si yo la escribiese una declaración en toda regla?... ¡Magnífica idea! ¡Pedro! (Llamando.)

PED. ¡Voy! (Dejando en la mesa la copa de Andrés.) ¿Qué desea usted?

RIC. Tráeme, en seguida, tintero, papel y pluma.

PED. ¡Volando! (Vase, volviendo en seguida con lo que ha pedido Ricardo, el cual se pone á escribir. Inmediatamente aparece Durand, por la puerta del fondo, disfrazado, con largas patillas y melenas rubias. Tipo inglés.)

ESCENA II

DICHOS y DURAND

AND. (Observando á Durand.) (Aquí está Marcial... ¡Magnífico! Si yo mismo no le hubiese vestido no le conocería.)

DUR. ¡Moso! ¡Moso! (Acento inglés.)

PED. ¿Quién llama?

DUR. Yo venir para ver á Sofía... ¿Cantará esta noche?

PED. Sí, señor.

DUR. ¡Mochas grasias! (Sentándose á la segunda mesa de la derecha.) Tráigame osté un grog.

PED. ¿Caliente ó frío?

DUR. Templadito; mocho templadito.

PED. Muy bien. (Alejándose.)

AND. (¡Soberbio! Mi compañero está inimitable.)

DUR. (Mirando á Andrés, que estará leyendo.) (El muy bruto creerá que no le conozco.)

RIC. (Dejando de escribir.) Está visto: no estoy de vena... Esta carta es muy cursi. (La dobla y se la guarda en el bolsillo del *pardesú*.) Quizás después estaré más inspirado. Entre-

tanto voy á tomarle el pelo á ese inglés. Y lo tiene abundante... (Acercándose á Durand) ¡Caballero!...

DUR. *¡Sir!*

RIC. Si usted me lo permite me sentaré aquí y charlaremos un rato.

DUR. *¡Yes, sir!*

RIC. Según he oído, ¿viene usted también por Sofía?...

DUR. *¡Yes, yes!...*

RIC. Qué gran mujer, ¿verdad?

DUR. ¡Oh, yo no venir por su hermosura! Para mí es indiferente ser guapa ó ser fea.

RIC. ¿Cómo?

DUR. Yo venir por la afisión á estas cosas.

RIC. Pues yo también vengo por la afición.

DUR. ¿Osté ser colega mío?

RIC. ¿Colega? (Pedro sirve á Durand y luego se va)

DUR. Yo ser colecsionador.

RIC. ¿De mujeres?

DUR. No, de objetos pertenesientes á famosos criminales.

RIC. ¡Vaya un capricho!

DUR. Voy viajando por el mundo, y allí donde ocurre un crimen, allí me presento yo al día siguiente.

RIC. ¡Como los buitres!...

DUR. En mi gran colecsión yo tener un calsetín de Damolard, un pañuelo de Cadol y una sapatilla de Troppmann.

RIC. Y ahora, por lo visto, ¿quiere usted coleccionar algo de Lambert?

DUR. *¡Yes!* A falta de otro objeto, yo querer llevarme á su novia, que canta aquí esta noche.

RIC. ¿Quiere usted coleccionar á Sofía?

DUR. *¡Yes!* Si ella no quiere, yo robarla.

RIC. ¡Qué pillo! Pues siento decirle que ha llegado usted tarde.

DUR. No, señor: todavía no son las nueve.

RIC. No es eso: quiero decir que yo también...

DUR. ¿Osté querer también robar á Sofía?

RIC. *¡Yes, yes!...* ¡Carambita; pues no estoy hablando en inglés!...

DUR. Entonces ¿osté y yo ser rivales?
RIC. A muerte. Y nos batiremos.
DUR. ¡Oh, yo no poder batirme con osté!...
RIC. ¿Por qué?
DUR. Porque yo ser miembro de la Sosiedad protectora de animales.
RIC. Eso es casi tratarme de caballo...
DUR. ¡Oh, no! El caballo no pareserse á osté en nada, porque ser un animal mocho inteligente.
RIC. (Con este inglesote no hay discusión posible. Lo mejor será escribir cuanto antes á Sofía y así le llevaré ventaja. A ver si ahora estoy más inspirado.) (Se levanta, coge el papel y tintero de la mesa que ocupó antes y se sienta á escribir frente á Durand.)
AND. (Contemplando fijamente á Durand.) (¡Nunca hubiera creído que mi compañero fuese tan listo!...) (La puerta del fondo se abre y aparece en ella Marcial, vestido exactamente lo mismo que Durand, tanto, que deben confundirse.)

ESCENA III

DICHOS y MARCIAL

MAR. (Desde la puerta.) (Llego á buena hora.)
AND. (Viendo á Marcial.) ¡Eh! ¿Qué significa esto?
RIC. (Levantando la cabeza.) ¿Otro inglés? (A Durand.) ¿Es hermano de usted?
DUR. ¡No... oh... no!...
MAR. (Yendo á sentarse á la izquierda, cerca de Andrés.) ¡Moso! (Acento inglés.)
AND. (No hay duda, es Marcial. Entonces ¿quién será el otro?)
RIC. (Escribiendo.) «Yo la amo, sí, la amo desde el día que... (Sigue escribiendo.)
PED. (Dirigiéndose á Durand.) ¿El señor ha llamado?
DUR. ¡No... oh... no!

MAR. ¡Moso!

PED. (Volviéndose.) ¿Otro inglés? (Paseando la mirada entre Durand y Marcial.) ¡Parecen un par de gemelos!...

MAR. Un grog.

PED. ¿Caliente ó frío?

MAR. Templadito, mocho templadito.

PED. (¡Lo mismo que el otro!) (Marchándose.)

RIC. (A Durand y observando á Marcial.) ¿Vendrá también por Sofía?... ¿Será otro coleccionador?

DUR. ¡Quién sabe!... (Levantándose y contemplando á Marcial.) (Sin duda ese bribón cree que no le conozco. Ya los tengo aquí á los dos. No se me escaparán...) ¡Moso! (Llamando.)

PED. ¡Voy! (Sirviendo antes á Marcial.) ¿Qué se ofrece?

DUR. Osté haberme engañado. Yo no ver á Sofía.

PED. No es mía la culpa. Diríjase usted al mostrador.

DUR. Yo ir ahora mismo. (Desaparece por la izquierda.)

MAR. (Observando á Durand.) (Ese hombre va vestido igual que yo... ¿Será otro inglés falsificado?)

ESCENA IV

DICHOS, menos DURAND

(Ricardo continúa escribiendo. Marcial y Andrès se hacen señas.)

RIC. «Mi amor es tan grande, que pongo á su disposición mi alma, mi vida...» (Dejando de escribir y pensando.) ¿Qué más le puedo ofrecer?... Ah, sí, mi fortuna... ¡Pero si no tengo más que tres francos!... En fin, ofrecer poco cuesta. (Escribiendo.) «Mi amor y mi fortuna.» ¡Magnífico! (Cierra

la carta y se levanta.) Ahora es preciso que llegue cuanto antes á su poder. (Vase por la izquierda, volviendo cuando se indique.)

AND. (Acercándose á la mesa de Marcial.) No dejemos escapar á ese tonto, porque entonces fracasaría nuestro plan.

MAR. El inglés que acaba de salir me ha escamado...

AND. No temas. Conviene hablar con Ricardo antes que llegue Martín, ese muchacho á quien hemos admitido en nuestra pandilla.

MAR. Y ese Martín, ¿no será algún espía?

AND. ¡Imposible! Aunque hace pocos días que está con nosotros, yo respondo de él.

MAR. ¿Le has sometido á alguna prueba?

AND. Eso no se pregunta... Ya sabes que yo no me fío de nadie.

MAR. Pero...

AND. Pierde cuidado... Necesitamos proporcionarnos alguna prenda de Ricardo, para que recaigan sobre él las sospechas del robo que preparamos para esta misma noche en casa de su padre, el banquero Brun.

MAR. ¡Magnífico plan!

AND. Ese es mi sistema; ya lo conoces. Así lo hicimos también cuando matamos á doña Angela, la madre de Daniel Lambert.

MAR. No me lo recuerdes...

AND. Ya sabes que en nuestra combinación no entraba para nada el asesinato, únicamente queríamos apoderarnos de los quince mil francos que había cobrado aquella misma noche; pero como empezó á alborotar, no tuvimos más remedio que matarla.

MAR. Es verdad...

AND. ¡Silencio!... Ahí viene Ricardo. (Se sienta donde estaba antes.)

RIC. (¡Un franco por entregar una carta! Ya no me quedan más que dos y debo uno al camarero, de modo que si acompaño á Sofía y se le ocurre algún caprichito por el camino, me luzco!..)

MAR. (Levantándose y dirigiéndose á Ricardo, que estará en medio de la escena.) ¡Caballero!
RIC. (Estos dos ingleses son un rompe-cabezas.)
MAR. ¿Osté permitirme una pregunta?
RIC. Todo lo que usted quiera; pero antes deseo saber quién es usted. ¿El inglés primero ó el segundo?...
MAR. Yo llegar segundo.
RIC. ¡Ah, vamos! Entonces no es usted el que quiere coleccionar á Sofía?
MAR. No, señor. Yo venir aquí en busca de dinero.
RIC. Yo también lo busco, pero no lo encuentro.
MAR. ¿Osté conocer á un viejo, llamado Isaac Landry?
RIC. ¿Landry, el usurero?
MAR. ¡*Yes!*
RIC. Le he oído nombrar mucho, pero no le conozco.
MAR. Yo tampoco. Un amigo desirme que él venir todas las noches á este café.
RIC. ¿De veras? Entonces el camarero debe conocerle. (Llamando.) ¡Pedro! ¡Pedro!
MAR. Mi amigo desirme que presta dinero, pero con mocha usura.
RIC. No importa: le firmaré todo lo que quiera.
PED. ¿Qué desean ustedes?
MAR. ¿Osté conocer á don Isaac Landry?
PED. Sí, señor. Es ese caballero de las gafas verdes. (Señalando á Andrés. Vase Pedro.)
MAR. ¡Ser felices!
RIC. Pues no perdamos tiempo. ¡Ande usted! (Empujándole.)
MAR. No, osté primero.
RIC. De ningún modo...
MAR. Bueno, yo no tardar mocho, porque yo sitarle para mañana en su casa.
(Marcial se acerca á Andrés y ambos hablan aparte.)
RIC. (Paseando.) ¡*Very well*!... ¡*Very well!*!... Ya no hablo más que inglés. La alegría me hace cambiar hasta de idioma.
MAR. (La ocasión no puede ser más favorable.

Aprovecha el tiempo y en seguida daremos el golpe.)

AND. (Pierde cuidado: yo me encargo de procurarme algún objeto suyo, pero es preciso aguardar á Martín.)

MAR. (Yo le esperaré en la calle hasta que tú salgas.)

AND. (Muy bien: entretanto me entenderé con ese imbécil.)

RIC. (Paseándose.) (Juraría que hablan de mí.)

MAR. Perfectamente. (Acercándose á Ricardo.) Ahora tocarle á usted.

RIC. ¿Qué tal?... ¿Le ha dado?... (Ademán de dinero.)

MAR. ¡Oh, no... Mañana. (Marchándose por el foro.) (¡Caiste en el lazo!...)

ESCENA V

DICHOS, menos MARCIAL

RIC. (Acercándose á la mesa de Andrés.) Supongo que ese caballero le habrá dicho que yo también...

AND. Necesita usted dinero, ¿eh?

RIC. Sí, señor; me hace mucha falta.

AND. Para gastarlo en compañía de alguna prójima, ¿verdad?

RIC. Naturalmente.

AND. Pues hace mucho tiempo me retiré de los negocios...

RIC. (¡Me partió!)

AND. Pero, en fin, si lo que usted desea no es mucho...

RIC. Poca cosa. Con cien francos tengo bastante.

AND. No es mucho.

RIC. Yo, en cambio, le firmaré por valor de trescientos.

AND. De ningún modo; no quiero pagarés por-

que estoy muy escamado. Si presto algo, es sobre alhajas ó prendas.

RIC. ¿De modo que es usted una caja de préstamos ambulante?

AND. Eso mismo.

RIC. Bueno, pues vea usted esta cadena. (Dándosela.)

AND. ¿Y el reloj?

RIC. Me lo guardan hace tiempo.

AND. ¡Qué pillín! Ve usted; por eso no me gusta prestar á los jóvenes, porque es darles alas para perderse.

RIC. (¡Más perdido de lo que estoy!...)

AND. (Examinando la cadena.) Pues por esta cadena no puedo prestarle más que ochenta francos.

RIC. Complete usted los cien.

AND. Imposible. Necesito algo más en garantía.

RIC. ¿Quiere usted este *pardesú*?

AND. Bueno, entonces le daré cantidad redonda.

RIC. (Quitándose el *pardesú* y dándoselo.) A ver si pesco una pulmonía...

AND. Tome usted. (Dándole un billete.)

RIC. (Mirando el billete.) ¿Pasará?

AND. Ya lo creo. En manos de usted, volará... Ea, ya hemos terminado nuestro negocio. Yo vengo aquí todas las noches, de modo que cuando quiera usted retirar estas prendas, me avisa usted y asunto concluído. (Marchándose por el foro.)

RIC. (Me parece que va para largo...)

(Ricardo acompaña á Andrés hasta la puerta y después de haberle despedido tropieza con Durand, que viene por la izquierda.)

ESCENA VI

RICARDO y DURAND; después GUYON

RIC. Creí que se había usted marchado. ¡Valiente pillo me ha recomendado usted!

DUR. ¿Yo?

RIC. Sí, señor. Me refiero á ese maldito prestamista.

DUR. (Me toma por Marcial. Aprovechemos la equivocación.)

RIC. Le he pedido cien francos.

DUR. ¿Y se los ha dado?

RIC. Sí, señor; pero á cambio de una cadena y un *pardesú*.

DUR. Ya comprendo: como garantía.

RIC. Naturalmente.

DUR. (¡Buen descubrimiento! No necesito saber más.)

RIC. Pero, en fin, algo es algo. (Ahora ya tengo dinero y puedo obsequiar á Sofía... ¡Ah, qué idea!... Sí, sí: voy á comprarla...) Hasta luego. (Vase por la puerta del foro y tropieza con Guyón, que viene disfrazado.)

GUY. ¡Señor Durand!

DUR. ¡Guyón!... ¿Qué ocurre?

GUY. Andrés y Marcial acaban de juntarse en la calle y se dirigen hacia la plaza.

DUR. Pues conviene no perderles de vista: aunque es fácil que nada hagan por ahora, porque han citado para las diez en este café á Daniel Lambert.

GUY. Pero, ¿y si tratasen de prescindir de él ó de burlar nuestras pesquisas?

DUR. Es verdad; debemos vigilarles. Vaya usted en su seguimiento, y si ocurre algo venga usted á avisarme inmediatamente. Yo me quedo aquí esperando á Lambert.

GUY. Hasta luego. (Vase por el foro.)

DUR. ¡Quiera Dios que esta vez seamos más

afortunados que hasta ahora!... Me parece que al fin voy descubriendo el sistema que emplean esos canallas para despistar á la policía, y juro que si caen en mi poder no se burlarán más de nosotros.

ESCENA VII

DURAND, DANIEL, por el foro, con chaqueta y gorra. Traje del pueblo

DAN. ¡Señor Durand!

DUR. ¡Lambert!... ¡Chist!... Yo no le conozco para nada. Siéntese ahí, coja usted un periódico y vuélvame la espalda.

(Daniel se sienta á la izquierda, en la segunda mesa. Durand en la primera, dándose las espaldas; pero procurando que puedan hablarse. Cada uno tendrá un periódico, abierto, en las manos.)

DAN. ¿Estoy bien así?

DUR. Perfectamente. Ahora necesito saber todo lo que ha hecho usted durante estos días.

DAN. Poco puedo contar, porque esos miserables no me pierden de vista. Juraría que desconfían de mí.

DUR. Eso no conviene.

DAN. Sólo sé que preparan un golpe importante y que cuentan conmigo. Quizá sea esta misma noche, y sin duda por eso me han citado aquí.

DUR. Entre ellos se llama usted Martin Lefort, ¿no es eso?

DAN. Sí, señor: me conocen por Martín.

DUR. Pues si le mandan ir con ellos á cualquier parte, no se niegue usted, porque entonces se alarmarían y el golpe que preparan quedaría en proyecto.

DAN. ¿De modo que á la fuerza he de ser cómplice de esos bribones?

DUR. ¡Chist!... Haga usted como que lee... No hay otro remedio. Si quiere usted reha-

bilitarse ante la sociedad, es preciso no desalentar. Necesitamos pruebas y las tendremos.

DAN. ¡Pero vivir entre esa gente es un verdadero sacrificio!...

DUR. Yo le prometo que pronto descubriremos á los culpables.

DAN. ¿De veras?

DUR. Valor y confianza. (Levantándose. Daniel también se levanta; pero Durand le obliga á sentarse de nuevo.) ¡Siga usted leyendo!...

(En este momento óyense aplausos, el ruido de una orquesta y gran algazara, dentro.)

DAN. ¿Qué ruido es ese?

DUR. (Mirando hacia la izquierda.) (Saludan la aparición de Sofía. No conviene que éste la vea...) Nada, nada, una cantante. Voy a ver lo que ocurre por allí dentro. Usted quédese aquí hasta que vengan á buscarle sus compañeros.

DAN. ¡Mis compañeros! (Con sarcasmo.)

DUR. ¡Por ahora!... (Vase por la izquierda. Daniel continúa sentado, leyendo.)

MUTACIÓN

CUADRO SEXTO

Sala despacho en casa del banquero Brun.—Telón corto.—A la izquierda, una arca de hierro para guardar caudales, colocada de modo que se vea bien desde el público.—A la derecha, balcón practicable.—En el fondo, la puerta de entrada, cerrada.

ESCENA VIII

ANDRES y MARCIAL

(Al verificarse la mutación, la escena estará completamente á obscuras. En seguida Marcial salta por el balcón de la derecha y ayuda á subir á Andrés. Este llevará puesto el pardesú de Ricardo.)

MAR. ¡Vamos, hombre! Sube de una vez.

AND. Como la luna brilla tanto, tengo miedo. (Saltando por el balcón.)

MAR. Déjala que brille,..

AND. Ea, ya estamos, por fin, en casa del banquero Brun.

MAR. Alumbra con la linterna. ¡Pronto!...

AND. ¡Qué prisas! (Saca una linterna, encendida.)

MAR. ¡Ahí está el arca!... Anda, no perdamos tiempo.

AND. ¡Calma, hombre, calma! (Acercándose al arca y alumbrándose con la linterna.) Vamos á abrirla.

MAR. Pero ¿y las herramientas?

AND. ¿Las herramientas? ¿Por quién me has tomado, tonto? Las herramientas están aquí... (Señalando la frente y arrodillándose delante del arca.)

MAR. No comprendo...

AND. Para esta clase de arcas toda herramienta es inútil, si antes no se conoce el secreto.

Es cuestión de *pesquis,* de inteligencia. (Haciendo probaturas.)

MAR. ¿Y si no la pudiésemos abrir?...

AND. ¡Quita, hombre!... ¿Entonces de qué me serviría haber jugado varias noches al dominó con el cajero de esta casa? ¿Para saber, únicamente, que hay aquí encerrados cuatrocientos mil francos en billetes?

MAR. ¿De veras?

AND. Pronto lo veremos... ¡Ah, por fin!... (Abriendo el arca.)

MAR. ¡Respiro!

AND. (Descubriéndose.) ¡Buenas noches, compañeros! Desde hoy seremos amigos inseparables...

MAR. ¡A ver, á ver!... (Empujando á Andrés y colocándose frente al arca.)

AND. ¡Vaya un modo de felicitarme!... (¿Por qué habré puesto mi talento á disposición de este bruto?)

MAR. Justo: uno, dos, tres, cuatro paquetitos de cien mil francos cada uno... (Registrando en el arca.) los cuales repartiremos como buenos hermanos.

AND. No escondas nada en los bolsillos...

MAR. ¿Tratas, acaso, con algún ladrón? Toma la mitad. (Le entrega dos paquetitos y vuelve á registrar el arca.)

AND. (Ingrato, me da la mitad, después de haber sido yo el que... Está visto; ¡no se puede colaborar con nadie!...) No busques más, porque nos lo llevamos todo.

MAR. ¡Qué lástima!... (Separándose del arca.) Afortunadamente no ha venido Martín con nosotros.

AND. Claro, porque entonces hubiéramos sido tres á repartir.

MAR. Por eso te he dicho que no le aguardásemos más.

AND. ¡Pobre muchacho! Nos estará esperando en el café.

MAR. Luego iremos á buscarle y le convidaremos á cenar.

AND. Pero antes es preciso poner en práctica

nuestro sistema. ¿No está así convenido?

MAR. Bien, pero pronto.

AND. Al momento. Toma este *pardesú*... (Se lo quita.) Deja que antes corte un pedazo. (Saca unas tijeras pequeñas, corta un pedazo y lo tira al suelo, cerca del arca.) Ahora esta vela (Saca una vela del bolsillo y la enciende) y manos á la obra. Empieza por delante de la caja... Procura que la vela gotée... Así, muy bien... Ahora abre esa puerta (la del fondo) y sigue el pasillo, entra en la primera habitación de la derecha .. y ya sabes lo demás... (Marcial ha ejecutado todo este juego con mucha precisión, y al fin desaparece volviendo á entrar cuando se indique. Andrés se dirige precipitadamente á la caja) ¡A un pillo, otro mayor!... Afortunadamente no ha dado con el secreto, y eso que lo tenía delante. (Registrando en el arca.) Aquí está la cajita... ¡Un capital en piedras preciosas!... (Guardándose la cajita.) ¡Ah, veo que el cajero no me engañaba!... Ahora emplearé mi sistema. (Saca del bolsillo la cadena que le entregó Ricardo en el Cuadro anterior y la deja en el suelo, frente al arca.)

MAR. Ya he terminado. (Vuelve sin el *pardesú* y y sin la vela.)

AND. Pues vámonos al café.

MAR. Pero antes daremos un rodeo para despistar.

AND. ¡Chist!... ¡Oigo ruido!...

MAR. ¡Es verdad! (Colocándose en acecho al lado de la puerta y sacando un puñal.) ¡Al primero que nos cierre el paso!...

AND. No, no conviene emplear la resistencia. Si matas, nos prenden. Huyamos por el balcón.

MAR. ¡Huyamos!

(Desaparecen por el balcón, quedando la escena completamente á obscuras. En seguida vienen por el fondo Brun y Luisa, con palmatorias.)

ESCENA IX

BRUN, LUISA. En seguida EMILIA. Luego CRIADO. Después GUYON. Todos por el foro

BRUN Juraría que por aquí anda alguien... ¡La puerta abierta!... ¡Y también la caja!...

LUI. Es verdad... ¡Dios mío!... ¡Ladrones! ¡Ladrones!

EMI. ¡Mamá!... ¿Qué pasa? (Entrando precipitadamente.)

LUI. Hija mía, ¡nos han robado!...

EMI. ¡Virgen santa!

CRIADO (Desde la puerta.) Señor, un comisario de policía desea hablar con usted.

BRUN Que pase inmediatamente. (Vase el criado.)

GUY. ¡Maldición! ¡Llegué tarde! (Contemplando el cuadro.)

BRUN ¡Cómo!... ¿Sabía usted qué?...

GUY. Sí, señor: sabía que trataban de robar en esta casa, pero no hoy... ¡A ver!... Procedamos á un registro. (Acercándose, con Brun, á la caja.)

BRUN ¡Se lo han llevado todo, incluso las alhajas!...

GUY. ¿Qué es esto? (Tropezando con la cadena de Ricardo.) ¡Una cadena!...

BRUN ¡Esta cadena es de mi hijo! (Después de examinarla.)

GUY. ¡Y está rota! Sin duda el que la llevaba ha hecho algún esfuerzo y... Mire usted.

BRUN Efectivamente.

GUY. (Mirando por el suelo.) Aquí hay un pedazo de paño. (Lo coge.) Estas huellas son de esperma y muy recientes... ¡A ver, á ver!... Sigamos el rastro. (Sigue, con Brun, el mismo camino que trazó Marcial con la vela, volviendo á entrar en seguida.)

EMI. ¡Tengo miedo!

LUI. La cadena de Ricardo por el suelo... y rota... ¡Es muy extraño!...

EMI. ¿Sospecha usted algo?

LUI. No, pero como ese muchacho anda hace tiempo extraviado... Ahí tienes las consecuencias de su amistad con Daniel Lambert.

BRUN (Volviendo con Guyón.) ¿Está Ricardo en casa?

LUI. No, no ha venido todavía.

BRUN Pues en su habitación, y tirado por el suelo, hemos encontrado este *pardesú.*

EMI. Es el suyo. (Examinándolo.)

GUY. Y, observe usted en qué estado... (Cogiéndolo de manos de Brun.) Sucio, roto... Y el roto coincide con este pedazo que estaba ahí en el suelo...

BRUN No lo comprendo...

GUY. (Buscando en los bolsillos del pardesú.) Aquí hay un borrador de una carta.

BRUN ¡A ver! (Examinándolo.) Es letra de mi hijo.

GUY. Léalo usted y quizá su contenido nos dé algún indicio.

BRUN Hay un membrete del café. Aquí se declara á una tal Sofía y se ofrece para acompañarla á su casa después de la función de esta noche.

GUY. Entonces es preciso... (Apoderándose de la carta.)

BRUN ¿Qué?

GUY. Prenderle.

BRUN ¿A mi hijo?

LUI. ¡Qué horror!

GUY. Yo lo siento, pero...

LUI. ¡Por Dios!... Nuestro nombre, nuestra reputación...

GUY. Todo lo comprendo, péro es inútil... No puedo perder tiempo.

LUI ¡Virgen mía!

GUY. Lo que siento es haber llegado tarde, pero yo le cogeré.

BRUN Permítame usted que le acompañe.

GUY. No debo complacerle, pero, en fin, vámonos.

LUI. ¡Que resulte inocente, Dios mío!
EMI. (¡Tan inocente como Daniel!)
(Vanse todos por el foro.)

MUTACIÓN

CUADRO SÉPTIMO

La misma decoración del CUADRO QUINTO.

ESCENA X

DANIEL, SOFIA. Después DURAND

(En seguida de verificada la mutación, óyense dentro ruidosos aplausos y ¡bravos!—Sofía, vestida caprichosamente, viene por la izquierda con una bandeja y pide á los concurrentes, que estarán en las mesas del fondo.—Daniel, sentado en el mismo sitio donde quedó al final del Cuadro 5.º

DAN. Ya me voy cansando de esperar. Quizá esos canallas me han citado aquí para tenerme seguro y burlar mejor mi espionaje...
SOF. (Presentando la bandeja á Daniel.) ¡Ciudadano!
DAN. ¡Sofía! (Volviéndose.)
SOF. ¡Daniel!
DAN. (Levantándose.) ¿Qué significa ese traje? ¿Qué haces aquí?
SOF. ¿No lo sabes? De modo que no has venido por verme.
DAN. No, he venido para completar la tarea que me he impuesto.
SOF. Sí, ya lo sé. Tratas de casarte, pero te exigen que antes pruebes tu inocencia.
DAN. ¿Quién te lo ha dicho?
SOF. Lo sé todo. ¡Ingrato! Durante el proceso no te has ocupado de mí para nada; en

cambio tu primera visita al salir de la cárcel fué para la hija de ese banquero, de tu novia, á quien amas con locura.

DAN. ¡No es cierto!...

SOF. Entonces, ¿por qué no desmentiste á tu defensor, cuando en el juicio oral habló de vuestras relaciones? Yo, á pesar de ese terrible desengaño, te defendí y juré que no habías matado á tu madre, que no me habías herido á mí, cuando es todo lo contrario.

DAN. ¿De modo que aún sigues creyendo?...

SOF. Creo que tú tienes la culpa de toda mi desgracia.

DAN. ¿Yo?

SOF. Sí. Oye. Cuando voy por la calle, las gentes honradas me señalan con el dedo, y alguno dice:—«Mira: ésa que va por ahí es un montón de carne sin conciencia, es la cómplice de un criminal, es la amante de Daniel Lambert, del famoso parricida.»

DAN. ¿Yo parricida?

SOF. Por tu culpa me han despedido de los talleres donde trabajaba; las personas que antes me honraban con su amistad, hoy me rechazan como asqueroso reptil, y mientras tu triste celebridad me cerraba todas las puertas, por fatal contraste, aquí, templo de la ignominia, me recibían con los brazos abiertos.

DAN. ¡Pero!...

SOF. Es preciso que me oigas. Quiero desahogar mi pecho, lleno de amargura... ¿Crees que se puede engañar impunemente á una mujer, para luego arrojarla al cieno, diciéndole:—Tu cariño me hastía. . tu amor me envilece... olvidemos lo pasadc?

DAN. ¡Sofía!

(En este momento aparece Durand por la izquierda, quien al ver á Daniel y Sofía hablando, demuestra gran inquietud.)

SOF. Para comprender lo que sufro, es preciso saber antes lo mucho que te he amado. .

Sí, te he amado con delirio. Un poder extraño me impulsaba á quererte, á adorarte. Desde que te conocí supe que tenía corazón, porque lo sentía latir con fuerza... pero hoy no sé si está dormido ó si está muerto!... (Con arranque dramático.

DUR. (Acercándose á Daniel y llevándolo á un lado de la escena.) ¿Renuncia usted á probar su inocencia, á vengar la muerte de su madre?

DAN. ¡Oh, eso nunca!

DUR. Pues no hable usted más con esa mujer, porque si pronuncia aquí el verdadero nombre de usted, se habrá perdido todo.

VOCES ¡Sofía! ¡Sofía! (Dentro.)

SOF. Me llaman. (Acercándose con humildad á Daniel.) No esquives mi presencia, porque no he de molestarte más. Cuando el río se desborda, queda, después, limpio de toda impureza... Ya ha salido á raudales la hiel que inundaba mi pecho... Ya no te maldigo, ¡te perdono!

DAN. ¡Dios mío, qué lucha!

SOF. Adiós. Sé feliz, ya que yo no puedo serlo, pero no me odies... ¡compadéceme! (Vase llorando, por la izquierda. En seguida se oyen, dèntro, aplausos y bravos, saludándola.)

DAN. ¡Sofía!... ¡Sofía! (Siguiéndola).

DUR. ¿Qué va usted á hacer, insensato? (Trata de detenerle, á tiempo que llega Guyón por el foro. Daniel desaparece por la izquierda.)

ESCENA XI

DURAND, GUYÓN, BRUN. Después RICARDO

(Guyón avanza precipitadamente hacia Durand. Brun se queda al lado de la puerta de entrada.)

GUY. ¡Señor Durand!

DUR. ¿Qué sucede?

GUY. Acaba de cometerse un robo en casa del banquero Brun.

DUR. ¡Han anticipado el golpe! (Con desaliento.)

GUY. No, esta vez no se trata de ellos.

DUR. Pues ¿de quién?

GUY. Todas las pruebas acusan al hijo del robado.

DUR. ¿Al hijo? ¿En qué funda usted sus sospechas?

GUY. En su habitación hemos encontrado un *pardesú* sucio y roto, cuyo roto coincide con un trozo de paño que había cerca de la caja robada. Al lado de esa caja hemos encontrado también esta cadena, que, lo mismo que el *pardesú*, pertenecen á Ricardo Brun.

DUR. (Claro, la cadena y el *pardesú* que adquirió Andrés.)

GUY. Yo creo que no hay duda alguna. El ladrón es el mismo hijo.

DUR. Ahí está. (Señalando á Ricardo, que entra por la puerta con una corona de laurel en la mano.)

RIC. (¡Mi padre!) (Parándose al ver á Brun y ocultando la corona.)

BRUN ¡Infame! (Cogiéndole de un brazo.)

GUY. ¡Es él!... ¡Voy á prenderle!...

DUR. No. (Deteniéndole.) Vigile usted las puertas, porque confío que esos criminales vendrán aquí á celebrar su victoria.

GUY. ¡Pero!...

DUR. ¡Obedézcame usted!

GUY. ¡No lo comprendo!... (Marchándose, incomodado, por el foro.)

RIC. (Hablando con Brun en el fondo.) ¿De modo que se me acusa de robo?... ¡A mí!

DUR. (Acercándose.) Sí, pero yo sé que es mentira.

RIC. ¡El inglés!... ¿Y á usted qué le importa?

DUR. Me importa, porque no soy tal inglés. Soy Mauricio Durand, inspector de policía.

RIC. Pero, ¿es cierto que nos han robado?

BRUN Todo lo que había en el arca.

(En este momento aparecen por la puerta Marcial

y Andrés. Reconocen la sala, y al ver á los que están en escena tratan de escapar, pero entra Guyón con varios agentes y los prenden.)

DUR. ¡Silencio!... Ahí están los ladrones.

ESCENA XII

DICHOS, ANDRÉS, MARCIAL, GUYÓN y Agentes

GUY. ¡Esta vez ya no os escapáis!... ¡Miserables!

AND. ¡Maldición!... ¿Qué hacéis?

MAR. ¡Dejadme! (Defendiéndose.)

DUR. (A Brun.) Estos son.

RIC. (¡El prestamista y el inglés!)

AND. ¡Protesto! Somos víctimas de una fatal equivocación.

DUR. Ca, no me equivoco. Tú eres Andrés Ponchard, conocido también por Juan Gontier, y esta misma noche te llamabas Isaac Landry... (Dirigiéndose á Marcial.) A tí también te conozco: te llamas Marcial Borel... Estos canallas han sido condenados cinco veces y siempre han burlado la vigilancia de sus guardianes, pero ahora les espera la guillotina.

AND. ¿La guillotina por cometer un robo?... Aquí está lo robado. (Entregando á Guyón lo que robó antes.)

MAR. ¿La guillotina? (Igual juego.)

DUR. Por ese delito, no, pero por haber asesinado á doña Angela...

AND. ¡Es falso!... ¿Quién puede acusarnos de ese crimen?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DANIEL, por la izquierda

DAN. ¡Yo!... Daniel Lambert... El hijo de la víctima.

AND. ¡Martín!

MAR. ¡Nos ha vendido!... ¡Ya me lo temía!...

BRUN ¡Daniel! (Abrazándole, lo mismo que Ricardo.)

DUR. (A Guyón.) Del mismo modo que han preparado el robo de hoy, prepararon el asesinato de la madre de Lambert. Un día se introdujeron en la casa de huéspedes donde vivia ese joven, y de su habitación se llevaron un puñal, unos gemelos y unas botas. También se llevaron un traje para usarlo el día del crimen, con el fin de ser confundido, el que lo llevaba, con el hijo de la víctima.

DAN. ¡Infames!

DUR. Y lo prepararon tan bien, eran las pruebas tan terminantes, que, no me avergüenzo de confesarlo, tanto usted como yo nos equivocamos torpemente, en perjuicio de Daniel Lambert.

GUY. Es verdad...

DUR. Pero juro que esta vez esos canallas cumplirán su castigo. (A los agentes.) Atadlos y conducidlos á la Prefectura.

DAN. ¡Gracias, mil gracias, señor Durand! Usted me rehabilita ante el mundo.

DUR. Nada merezco, al contrario. Yo le acusé y yo acabo de probar su inocencia. ¡Al fin la verdad ha brillado y Dios ha hecho justicia!...

(Los agentes se llevan á Andrés y á Marcial, al mismo tiempo que se supone ha terminado la función del café y los concurrentes salen por la puerta del fondo, mezclados con los personajes que han estado en escena. Mucha animación.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Guttemberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.